

# ANDRÉS DE URDANETA, UN AVENTURERO

José María MADUEÑO GALÁN  
Capitán de navío (R)

## Introducción

Durante dos siglos y medio los barcos españoles cruzaron el Pacífico desde Méjico a Filipinas manteniendo abierta una ruta de importancia fundamental para el Imperio español, en particular para el comercio y las relaciones con el Asia oriental y del sudoeste y con las posesiones españolas del Pacífico occidental.

La existencia de rutas comerciales es algo obviamente necesario en el entramado de un imperio, y en esto el español no fue una excepción. La preocupación por el establecimiento de rutas terrestres y marítimas fue una constante en la América española y en el Atlántico, y lo será en el Pacífico.

El reino de Castilla (que ya empezaba a llamarse de España) estaba ansioso por participar en el comercio europeo con el Oriente —iniciado por los portugueses— e igualmente por aumentar sus posesiones incluyendo a otros pueblos, y, por añadidura, ampliar los límites de la Cristiandad y reducir los del Islam.

## El retorno

Desde el momento en que Castilla alcanza las Molucas y luego las Filipinas se hizo necesario establecer una ruta que llevara desde la península Ibérica a esa parte del Pacífico occidental. Hasta comienzos del siglo XVI, la ruta habitual para alcanzarla era la inaugurada por los portugueses, partía de la Península, salía al Atlántico, rodeaba África, salvaba el cabo de Buena Esperanza, entraba en el océano Índico, superaba el subcontinente hindú y llegaba a lo que hoy es Malasia e Indonesia, y a las Filipinas.

Ya la expedición de Magallanes-Elcano de 1519-1522 (es decir, la que iba a realizar la primera vuelta al mundo, emprendida por ambos y completada tan solo por el segundo), permitió pensar en alcanzar Asia por occidente, cruzando el Atlántico, buscando un paso hacia el oeste por el continente americano (que será el estrecho de Todos los Santos, hoy denominado de Magallanes), salir al Pacífico y cruzarlo hasta alcanzar Asia. Cuando España penetra en Méjico occidental y en el Perú, es decir al instalarse en las costas

del Pacífico, fue cuando parecía estar al alcance de la mano la posibilidad de llegar a Asia cruzando el Pacífico desde América. Cruzándolo y retornando, claro está.

Pero esta ruta va a presentar algunas peculiaridades. Una ruta comercial no puede ser de dirección única, debe tener vuelta por el mismo camino o por uno más o menos paralelo o, al menos, de una longitud similar. Pero la ruta Nueva España a Filipinas no la tenía, la vuelta debía hacerse por la ruta alternativa mencionada antes, por el océano Índico, el cabo de Buena Esperanza y el Atlántico, lo que alargaba mucho el recorrido —un interminable viaje de circunvalación a la Tierra—. Por eso, establecer una ruta de ida y vuelta, es decir, con retorno por el mismo Pacífico, era una tarea prioritaria.

Ya los polinesios habían hallado varias rutas que cruzaban el Pacífico en varias direcciones, de oeste a este, de sur a norte y a la inversa, principalmente, primero en sus migraciones más antiguas, de «doblamiento», hacia el centro del océano, provenientes de lo que hoy se llama Insulindia; y, luego, durante los viajes posteriores, de doblamiento secundario, llegando hasta Rapa Nui (Pascua) y hasta las Hawai. Pero esto no lo sabían los castellanos en el siglo XVI, cuando no se habían producido contactos significativos entre europeos y oceánicos.

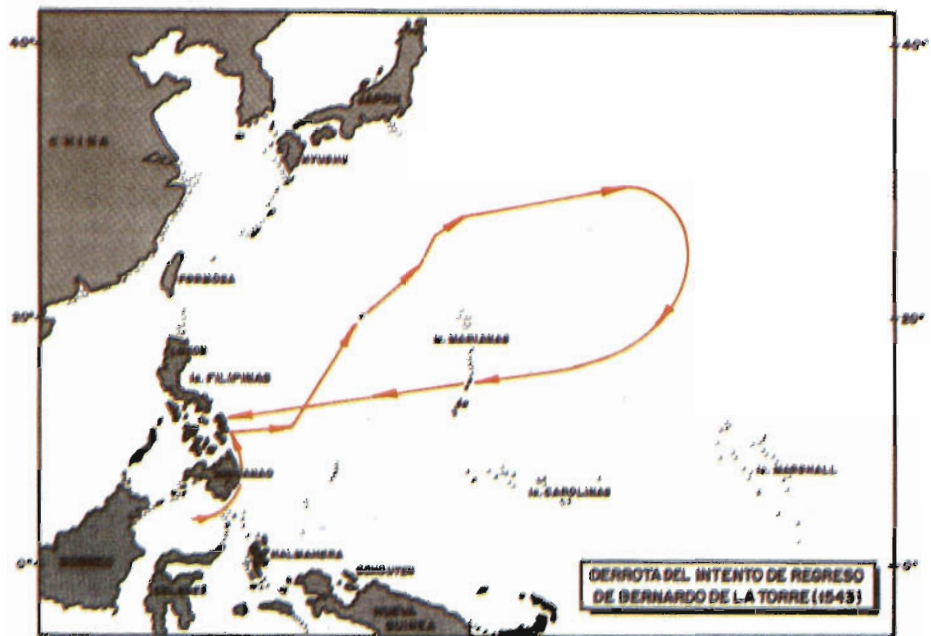
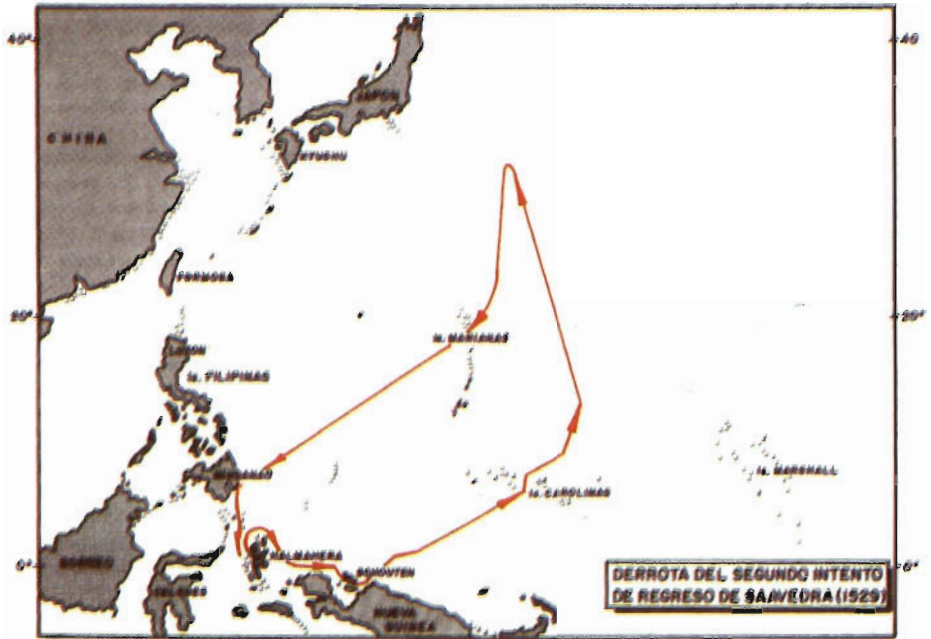
Así, ya desde el viaje de Magallanes y Elcano se plantea el retorno a América (y por tanto a Europa) por el Pacífico. Seis fueron los intentos que se saldaron con otros tantos fracasos. Sólo al séptimo se consiguió, por Alonso de Arellano.

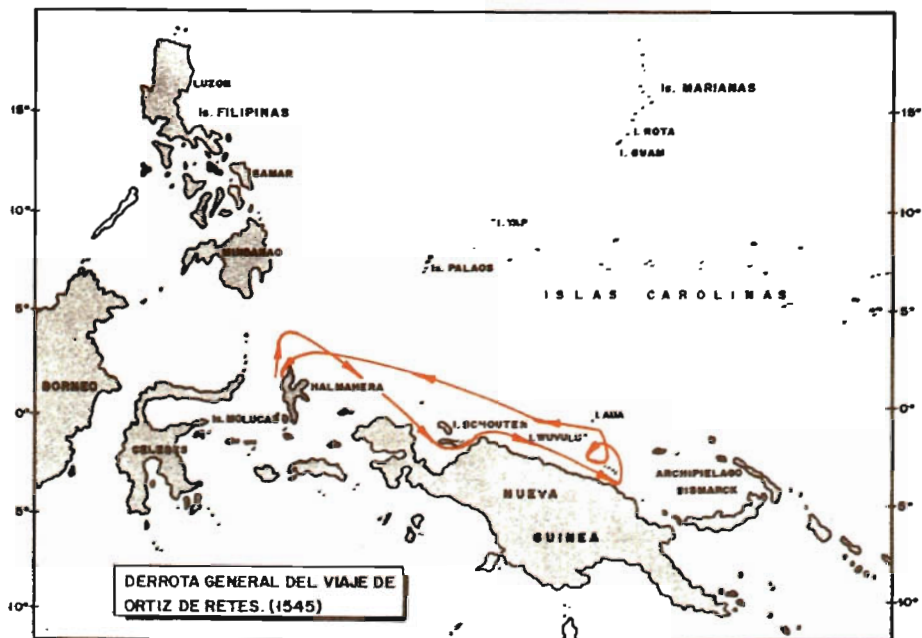
### Los intentos de tornaviaje.

Durante el viaje de Elcano, un hecho circunstancial —el que la nao *Trinidad* necesitase largas reparaciones en Tidore (Molucas) y no siguiese a la otra, la *Victoria*, en su viaje de regreso por el oeste— hizo que su capitán, Gonzalo Gómez de Espinosa, para no retrasarse más intentara volver a Panamá, atravesando el Pacífico. La *Trinidad* inició su viaje hacia América el 6 de abril de 1522, tocó dos islas de las Carolinas que los españoles no conocían, subió hasta el paralelo 40°, casi a la altura que más tarde se adoptaría para ir de Filipinas a Méjico. Pero los vientos contrarios, los temporales y las numerosas muertes por escorbuto, le decidieron a regresar a Tidore, donde fue capturado por los portugueses, que se habían instalado en esa isla. La primera intentona había fracasado.

La segunda la realizó cinco años más tarde, en 1527, Álvaro de Saavedra. Éste había sido encargado por su primo Hernán Cortés de hallar las expediciones de Loaysa (1525) y de Caboto (1526) y de llevar refuerzos con una escuadra desde Méjico —sería la primera vez que una expedición salía de allí—, a los castellanos que habían conseguido instalarse en algunas de las islas Molucas y estaban en conflicto casi permanente con los portugueses. En junio de 1528, Saavedra salía de Tidore en la nao *Florida* con la intención de volver con refuerzos, y trató de dirigirse a Méjico por el este. Pasó por algu-







nas de las islas melanesias próximas, por el norte de Nueva Guinea y, luego, se dirigió hacia las Carolinas; pero las corrientes contrarias, las calmas y los temporales le obligaron a retroceder por las Marianas y las Filipinas y volver a Tidore en noviembre del mismo año.

El tercer intento lo va a protagonizar también Saavedra. En Tidore repara la *Florida* y en mayo de 1529, en contra de la opción oeste para el tornaviaje del gobernador español de las Molucas, levó anclas otra vez y se dirigió a Méjico. Y de nuevo temporales y calmas lo detuvieron semanas y meses, pero consiguió llegar a las Carolinas orientales y quizá se acercó también a Wake y a las Hawai. Pero Saavedra murió, y aunque la tripulación siguió el viaje, pronto, al llegar al 31° de latitud, el barco estaba en tan malas condiciones que la mar y los vientos hicieron el resto. A fines de 1529, la *Florida* ha de dar la vuelta hacía Gilolo, en las Molucas. Era el tercer fracaso.

Sólo en 1544 se insistiría en el tornaviaje. En 1542 el virrey de Nueva España organiza una expedición desde el puerto de Navidad, en la costa mejicana del Pacífico. La manda el malagueño Ruy López de Villalobos, pariente del virrey. Después de alcanzar el archipiélago filipino, y tras diversos contra-tiempos, decidió pedir ayuda al virrey de Méjico. Para ello encargó a Bernardo de la Torre que con la nao *San Juan* tratase de llegar a América por el este. Salió desde la isla Sarangani, en Filipinas, en agosto de 1544. Se dirigió al nordeste, hacía las islas de los Ladrones (luego llamadas Marianas) y alcanzó la isla de Kazan Rettó, del archipiélago de las Bonin — hoy Japonés —, pero más al norte una fortísima borrasca le obligó a volver sobre sus pasos. Era el cuarto fracaso.

Mientras tanto, Villalobos, con los barcos y las tripulaciones muy maltrechos, buscaba refugio y ayuda en las Molucas portuguesas; aquellos los ayudaron a reparar las naves, en particular la *San Juan*, con la que Iñigo Ortiz de Retes debía realizar un nuevo intento de volver a Méjico por el este para pedir ayuda. En mayo de 1545 inicia la nueva búsqueda del tornaviaje; pasa por diversas islas próximas a Nueva Guinea y por la costa norte de esta isla, de la que tomó posesión (obviamente nominal), en nombre de la Corona española, en junio de 1545. Pero a partir de agosto, las borrascas y el descontento de las tripulaciones forzaron el regreso a Tidore, en octubre. Tras este nuevo fracaso, pasaron algunos años antes de que los castellanos intentaran de nuevo volver del Pacífico occidental a América por el oriente.

## Urdaneta



Parecía una maldición algo aparentemente tan simple como volver de una navegación, por muy larga que fuera la derrota. Se había convertido en una obsesión de la Corona y de los virreyes de la Nueva España, pero hubo que esperar todavía veinte años, hasta la expedición de Miguel López de Legazpi a Filipinas (1564), para que se vuelva a plantear la búsqueda de una ruta de tornaviaje a través del Pacífico.

Para este cometido la selección del hombre adecuado no se presentaba fácil pese a que el reino de España poseía un gran número de hombres y tripulaciones expertas en navegaciones transoceánicas –y podía contar con otros provenientes del extranjero, también de gran experiencia y conocimientos-. Competentes capitanes y pilotos y cosmógrafos habían fracasado en sus intentos. Pero se hacía perentorio hallar una ruta que permitiera acortar el tornaviaje.

Cuando se proyectó la expedición de Legazpi uno de los problemas era encontrar un experto que pudiera responsabilizarse del tornaviaje. La elección recayó en un fraile, Andrés de Urdaneta, veterano ya en aventuras americanas y oceánicas, y superviviente de la expedición de Loaysa.



## La aventura de su vida.

### *Juventud (1508-1525)*

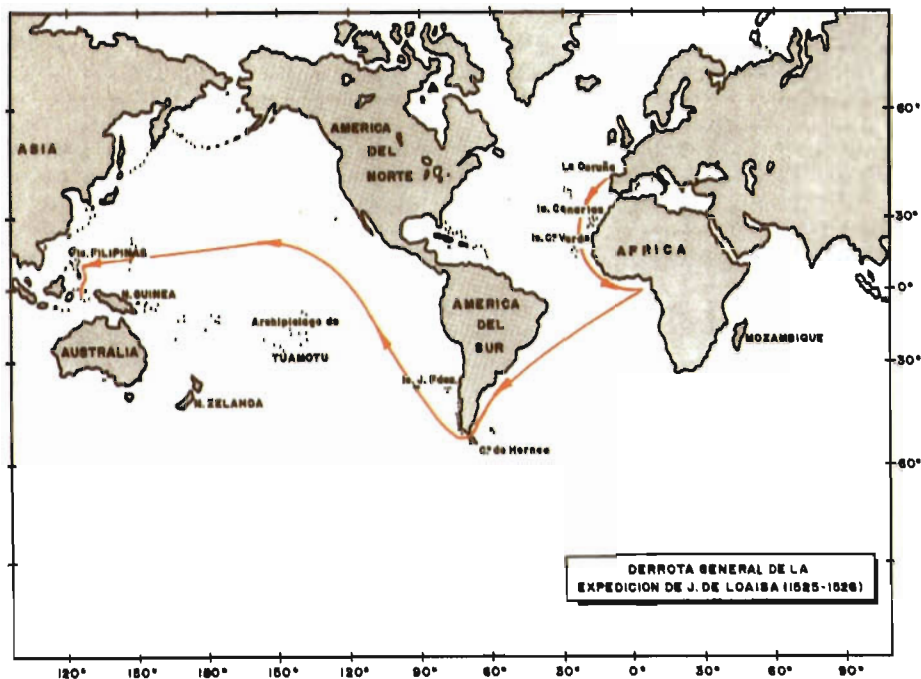
Urdaneta es una de las figuras más completas de la historia de la penetración ultramarina española en América y en el Pacífico. Fue un hombre serio, competente, en el que se podía confiar, y de un nivel profesional sobresaliente.

Nació en Villafranca de Oria (Guipúzcoa integrada en ese momento en el Reino de Castilla), en noviembre de 1508 y era hijo de Juan de Ochoa de Urdaneta y de Gracia de Cerain. Su padre fue alcalde ordinario de Villafranca en 1511; miembro de la burguesía comercial, burocrática y metalúrgica. Su madre estaba emparentada con los Legazpi y pertenecía al gremio de las ferrerías. En su juventud realizó estudios preparatorios de filosofía y teología, ya que sus padres pretendían que se hiciera sacerdote, especialmente su madre, pero él estaba más atraído por la carrera de las armas, especialmente por la mar. Por ello, realizó un cambio total en sus estudios y se dedicó a las matemáticas y a la astronomía. Al poco tiempo, se enteró de que Juan Sebastián de Elcano estaba preparando otra expedición a las Molucas, y se fue a Guetaria para pedirle que lo llevara en la expedición. Elcano al hablar con él se dio cuenta de sus posibilidades y no dudó en llevarlo como ayudante suyo.

### *Ayudante del piloto mayor de la expedición de García Jofre de Loaysa (1525-1527)*

La expedición proyectaba repetir el viaje de Magallanes y Elcano de unos años antes. El 24 de julio de 1525 parte desde La Coruña hacia las Molucas, iniciando su primera gran singladura con la nao *Sancti Spiritus*, mandada por Juan Sebastián de Elcano. La nave formaba parte de la escuadra del comendador fray Juan García Jofre de Loaysa. La expedición estaba compuesta por 450 hombres y siete buques, de los cuales la *Santa María de la Victoria* era la capitana y fue la única que llegó a Tidore, base española en las Molucas, el 1 de enero de 1527.

Al navegante le sorprendió la inteligencia del joven y su ansia por adquirir conocimientos, pues aprovechaba el tiempo de calma para leer todos los libros de navegación que llevaba Elcano a bordo. Además era increíble la facilidad que tenía para asimilar toda clase de información. Encantado de tener un alumno tan aventajado, Elcano se volcó sobre él y durante las largas horas de navegación enseñó al joven cosmografía y un poco de astrología; era evidente que, antes de finalizar el viaje, Urdaneta tendría unos conocimientos amplísimos de ambas materias y sería capaz de dibujar cualquier carta náutica. Por otro lado, también demostraba tener un don de mando natural, la tripulación pronto aprendió a respetarle, a pesar de su edad. Además, el



comandante personalmente le encargó que relatara en sus palabras todos los incidentes que fueran ocurriendo.

El 12 de enero de 1526 llegaron cinco naves al río de Santa Cruz, faltaban la capitana y la *San Gabriel*, separadas del resto por un temporal. Elcano decidió dejar al patache *Santiago*, que mandaba su cuñado, esperando al capitán general de la escuadra y las cuatro velas restantes prosiguieron viaje al sur. El domingo 14 de enero alcanzaron por fin lo que parecía la entrada del paso. Sin embargo, la alegría de los expedicionarios duró muy poco; uno tras otro, los cuatro buques tocaron fondo en unos bajos, a pesar de tener un sondador en proa. Elcano se dio cuenta enseguida de la gravedad de su situación, no era la entrada del estrecho de Todos los Santos, sino la desembocadura del río Gallegos. Al llegar la pleamar las cuatro naves fueron reflotadas y se dirigieron a alta mar.

La noche del 14 de enero resultó aciaga para la expedición, saltó un terrorífico temporal del sudoeste que partió el palo mayor de la nao *Sancti Spiritus* y la arrojó irremediablemente contra las rocas de la Patagonia argentina. Andrés de Urdaneta fue encargado por Elcano, que atándose un cabo a la cintura, saltara a una roca para amarrar el cabo a la roca y poder abandonar el barco toda la tripulación. El propio Elcano y dos marineros descolgaron al joven lentamente hasta tocar la resbaladiza roca. Con grandes dificultades, y sin hacer caso a las heridas, Urdaneta consiguió acceder a un lugar donde las olas llegaban con menos fuerza y allí, ató la cuerda sólidamente a un tronco



de árbol incrustado entre dos rocas. Uno tras otro, los marineros se deslizaron por el cabo y el joven pudo comprobar que faltaban varios hombres. Cuando el último en bajar, Elcano, puso los pies en tierra le informó que, faltaban nueve hombres, entre ellos el contador de la nao, Diego de Estella. Al día siguiente, cuando, por fin amainó definitivamente, aparecieron la *Anunciada*, la *Santa María del Parral* y la *San Lesmes*, que se habían visto forzadas a arrojar al mar toda su artillería.

Urdueta embarcó con Elcano en la *Anunciada* y se dirigieron a la embocadura del paso. En el preciso instante en que los tres buques enfilaban para entrar en la bocana del estrecho, se levantó un viento huracanado del sudoeste que imposibilitaba todo avance y casi lanza a la nao

contra las rocas de nuevo, pero la pericia de Elcano lo evitó y aprovechando una bonanza inusitada que se extendió, al poco tiempo, la nave consiguió embocar el estrecho, pasar su primera angostura y, en la parte noroeste de aquella extensa bahía, encontrarse con las otras dos naos, que consideraban perdidas. Sobreponiéndose a la melancolía que le embargaba, Elcano propuso una junta de capitanes, en la que se acordó enviar por tierra a Urdueta al mando de seis hombres en busca de los naufragos de la *Sancti Spiritus* para comunicarles que pronto iría Elcano en su búsqueda y que deberían de recoger todos los restos del naufragio que pudieran aprovecharse.

Urdueta y los seis hombres que le acompañaban llevaban caminadas unas quince leguas cuando de pronto se vieron rodeados por una veintena de patagones de ambos sexos. Iban medio desnudos a pesar del frío viento que soplabá del sur. Pronto averiguaron lo que querían: comida, los gestos eran inequívocos. El joven guipuzcoano tomó una decisión rápida, aunque dolorosa: les daremos lo que pidan por las buenas, antes de que nos lo quiten por las malas. En poco más de dos horas, los patagones engulleron todo lo que recibieron de manos de los españoles, abandonándoles en cuanto vieron que no tenían más que ofrecer. Urdueta tomó la decisión de seguir a pesar de que quedaban cuatro días de camino. Tres días más tarde, sin comida ni bebida, los siete hombres estaban exhaustos. De entre los siete había, sin embargo uno que parecía soportar mejor las privaciones, el gallego Juan Merino, que le confesó a Urdueta que se bebía su propia orina, pues contenía agua y los restos orgánicos de la comida y era como si se hubiera alimentado otra vez.

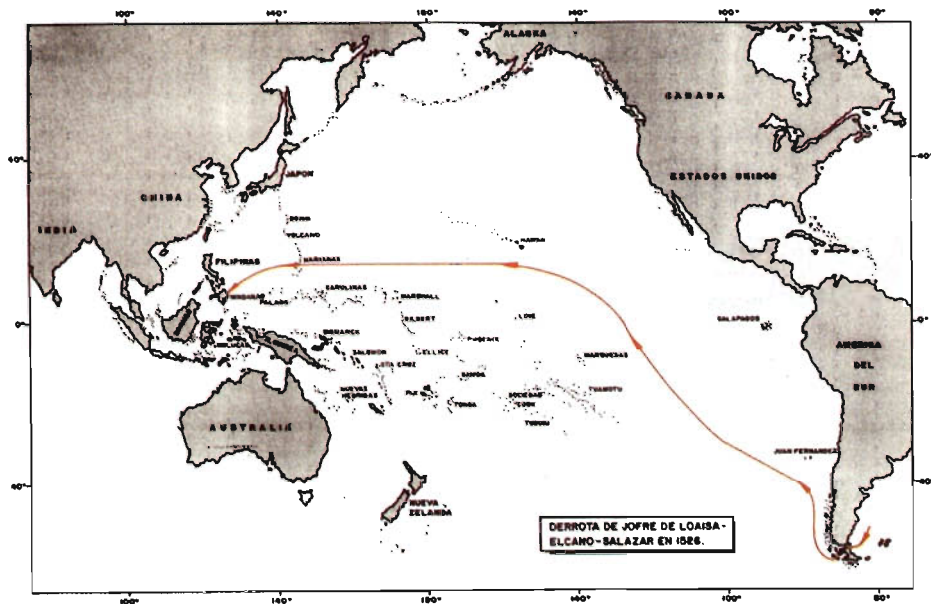




Sin embargo las desgracias no habían hecho más que comenzar, los expedicionarios habían reunido leña para asar dos patos cazados y, en el momento en que el joven se agachaba para soplar y avivar unas débiles llamas, uno de los marineros echó sobre la leña un poco de pólvora de un frasco con el mismo objeto. Una gran llamarada le abrasaba la cara pero afortunadamente para él, un rápido movimiento instintivo le salvó los ojos y la boca. No pudo evitar, sin embargo, que las llamas le alcanzasen el lado derecho del rostro. Al día siguiente, reanudaron la marcha a pesar del dolor de su rostro quemado y, por fin, a media tarde encontraron a los náufragos, que desconfiaban de verse auxiliados. Días después aparecieron en el horizonte las tres velas de las naves de la armada, pero se trataba de la capitana de Loaysa, la *San Gabriel* y el patache *Santiago*, que se habían reunido en Santa Cruz.

Una vez reunidas los seis buques, se redistribuyeron los hombres y Elcano con el patache, la *Parral* y la *San Lesmes* se ocupó de recoger a los náufragos y lo salvado de su buque. Pero, pese al ahínco con que se llevó a cabo la operación, no pudieron terminarla a causa de un fuerte viento que les obligó abandonar el lugar, quedando el patache metido en un arroyo, en tanto la *Parral* con Elcano y Úrdaneta entró en el estrecho y la *San Lesmes* se adentró en la mar. El 12 de febrero de 1526 la armada, reducida a seis buques por la pérdida de la *Sancti Spiritus*, se hallaba todavía dispersa. La capitana, la *San Gabriel*, *Parral* y *San Lesmes* estaban fondeadas juntas; el patache se encontraba todavía recogiendo los náufragos y restos de la nave perdida. Por su parte, la *Anunciada* salió a la mar con claras intenciones de abandonar la expedición.

Por fin, el 8 de abril, una vez reparada la *Santa María de la Victoria* en Santa Cruz, lo que quedaba de la armada entró otra vez en el estrecho, doblando el cabo de las Vírgenes. La navegación transcurrió sin incidentes y

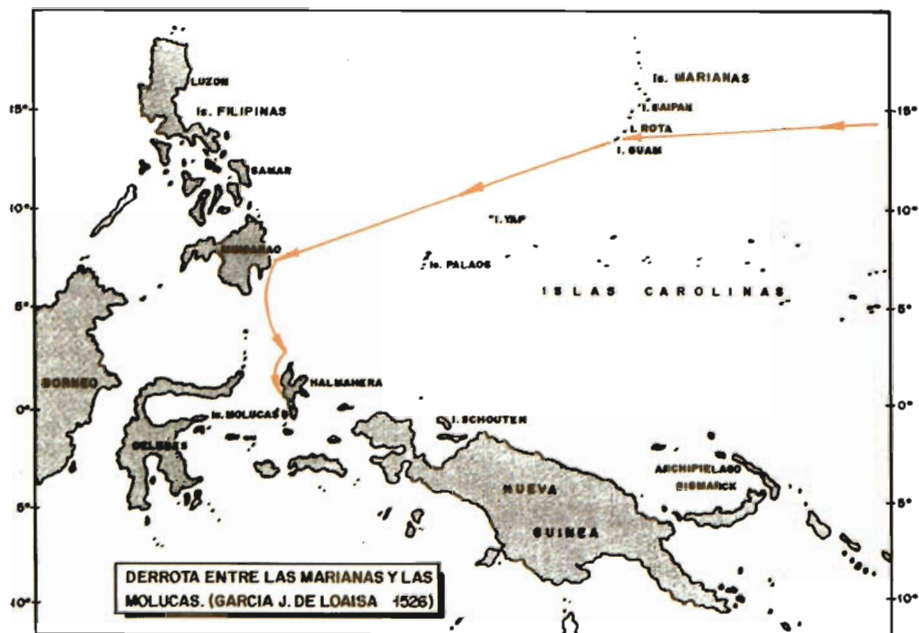


el día 26 alcanzaron el cabo Deseado, después de haber recorrido ciento diez leguas desde el cabo de las Vírgenes. Urdaneta describió el estrecho en su diario.

Lentamente, las cuatro embarcaciones que quedaban, pues la *Anunciada* intentó llegar a las Molucas por el cabo de las Tormentas, y nunca se volvió a saber de ella, y la *San Gabriel* regresó a Galicia, se adentraron en el nuevo océano, por el que navegaron sin incidentes hasta el 31 de mayo. Sin embargo esa noche volvió a ser aciaga para la expedición, de madrugada se levantó un viento sur tan fuerte que obligó a las naves a aferrar el velamen y correr el temporal con el papahígo del trinquete. Por la mañana no había rastro de las demás naves. Y lo que era más preocupante, no tenían un punto de reunión hasta las Molucas, lo que significaba varios meses de navegación en solitario. El 30 de julio de 1526 moría Loaysa y el 5 de agosto lo hacía Juan Sebastián de Elcano, que había relevado al capitán general. Urdaneta perdió a su maestro, que le había enseñado muchísimo durante los meses que habían convivido a bordo. Y no solamente sobre náutica y cosmografía, sino también a observar y tomar nota de todo lo que veía: la dirección de las corrientes marinas, la dirección e intensidad de los vientos, la composición de las algas, el comportamiento de las aves e incluso el ritmo de las olas.

Por votación general se nombró capitán de la *Santa María de la Victoria* a Toribio Alonso de Salazar, hidalgo montañés, que también murió, el 13 de septiembre. Hasta el 2 de octubre no consiguieron tener un nuevo jefe, Martín Iñiguez de Carquizano, contador general de la expedición, hidalgo vasco. Ese mismo día, al salir el sol percibieron una isla a doce





leguas, era Mindanao de las islas Filipinas. Sin embargo, las calmas persistentes no les dejaron avanzar y vagaron de aquí para allá con el impulso de la marea. Por fin, el día 6 se levantó un viento del noroeste que les permitió aproximarse a la isla dividida, pero al no hallar fondos suficientes continuaron a lo largo de la costa hasta topar con una bahía que se internaba cuatro o cinco leguas en tierra. Inmediatamente, Urdaneta se ofreció voluntario para salir con el batel y media docena de marineros a explorar. En la espesura tropical, algunos árboles cortados indicaban cercanías habitadas. Efectivamente, al anochecer, Urdaneta y sus compañeros llegaron a un poblado. No tardó en presentarse un reyezuelo acompañado de varios súbditos. Los nativos tras hacer muchos gestos de amistad, trajeron gallinas para cambiarlas por abalorios. Tanto el cacique como algunos de sus acompañantes llevaban aretes en las orejas y en los dientes gruesas incrustaciones de oro. Abundaban en la isla ese metal precioso y lo vendían barato. Algunos castellanos intentaron comprárselos, pero Carquizano había dado órdenes concretas prohibiendo compra alguna de oro para que no pensarán que hacían aprecio del rico metal. La penuria de provisiones les obligó a seguir negociando a pesar de observar una actitud cada vez menos amistosa por los nativos.

La idea de Carquizano era dirigirse a Cebú, pero los vientos contrarios le obligaron a aproar hacia las Molucas. La primera que avistaron fue Gilolo, la más grande de las islas. Mientras buscaban un lugar para fondear se calmó el viento, pero si ellos no podían moverse, si lo hacían los nativos con sus paros. Ante su sorpresa, estos se dirigieron a ellos en portugués, al haberles



tomado por lusos. Al atardecer, se dirigieron a un poblado llamado Zamafo y allí pudieron averiguar que los portugueses estaban ciertamente en las Molucas. Tenían una fortaleza inexpugnable en la isla de Ternate. Habían atacado al rey de Tidore porque facilitó clavo a las naves de Espinosa y Elcano. Parece ser que los reyes tanto de Tidore como Gilolo prefieren la amistad de Castilla que la de Portugal.

Carquizano decidió enviar a Urdaneta y Alonso de los Ríos junto con seis hombres a ver al gobernador de Zamafo para que los llevaran a ver al rey de Gilolo en un parao. El rey de Gigoló, Quinchil, estuvo de acuerdo en hacer una alianza inmediatamente. Al mismo tiempo, como era natural, proporcionó a sus invitados una detallada información sobre la situación sobre la situación militar de los portugueses, que se habían hecho fuertes en la isla de Ternate. Así mismo sugirió una visita al rey de Tidore, sugerencia que fue aceptada inmediatamente por Urdaneta, y Ríos partió pocas horas después con algunos de los soldados para Tidore. Como era de esperar, la gestión tuvo éxito pleno, pues el rey de esa isla anhelaba vengarse de sus enemigos. Cuando Urdaneta le comunicó a Carquizano que podía contar con los reyes de Gigolo y Ternate, éste ordenó dirigirse a Tidore para establecer su base en las Molucas.

Ante la posibilidad de ser atacados por los portugueses se procedió al recuento de los hombres que podían tomar las armas: ciento cinco y un total de 127. Se formaron tres pelotones, cuyo mando quedó encomendado a Hernando de la Torre, Andrés de Urdaneta y Andrés Palacios. Además, como contador de la nave se destituyó a Soto y se nombró a Bustamante. El día de Año Nuevo de 1527 la nao fondeó en Tidore. Aquel mismo día Carquizano dio orden de comenzar la construcción de una fortaleza con ayuda de los indígenas.



*Soldado, comerciante y diplomático (1527-1536)*

A mediados de enero empezó la guerra en las Molucas. Una guerra que no había sido declarada por los gobiernos de España y Portugal, pero que, en unas pequeñas islas al otro lado del mundo, era muy real para los que tomaban parte en ella. Apenas un puñado de hombres por cada bando. Los dos grupos estaban convencidos de que la razón les apoyaba y habían recibido instrucciones claras sobre las islas, tenían que defenderlas a costa de la vida. El monopolio de las especias ofrecía fortunas inmensas para sus poseedores.

A medianoche del día 17, amparándose en la oscuridad, varias embarcaciones lusas intentaron hundir la nao española en un ataque por sorpresa. Esa misma tarde Urdaneta, al frente de quince castellanos y doscientos indígenas, sorprendió y desbarató un desembarco efectuado por los portugueses a un par de leguas al norte aprovechando la confusión de la batalla. Los lusitanos se retiraron dejando en la playa dos muertos propios, más varios indígenas.

Días después se detectaron dos navíos portugueses cargados de clavo en una pequeña isla cercana (mediodía de navegación) y Urdaneta salió con una docena de paraos, tres castellanos y soldados indígenas. El ataque por sorpresa llevado a cabo en plena noche, constituyó un éxito parcial, pues uno de los barcos consiguió huir.

Según pasaban los días crecía en el joven Urdaneta la inquietud de la exploración. ¿Cómo era verdaderamente el mundo que les rodeaba?, ¿cuántas islas componían el archipiélago?, ¿cómo eran sus corrientes y sus vientos predominantes?. Él consideraba imprescindible para su supervivencia el conocimiento a fondo de las islas y le propuso a Carquizano explorar todas las islas a su alrededor con un velero, que habían capturado a los portugueses,



y algunos paraos con cincuenta indígenas. También llevó algunos marineros para la navegación y provisiones para un mes. Durante las cinco semanas siguientes exploró infructuosamente todas las islas que podían albergar vida en muchas leguas alrededor. Y aunque desde ese punto de vista, la expedición resultó estéril, Urdaneta tuvo oportunidad de observar una carta con el flujo de las corrientes y la dirección de los vientos de la zona, lo que les podría ser muy útil en el futuro. A las cinco semanas empezaron a escasear los víveres y, previa consulta con los nativos, se dirigieron a la isla de Guacea, a un día de navegación, aunque sus habitantes eran indígenas hostiles. Las predicciones de los nativos se vieron cumplidas con creces. No solamente no les recibieron bien, sino que al verles llegar a su isla, unos cien nativos se agruparon en la playa agitando lanzas y lanzando piedras. Urdaneta y los dos marineros que le acompañaban prepararon el falconete y los mosquetes y esperaron a estar cerca de la playa. Una lluvia de lanzas y piedras les recibió en cuanto estuvieron a tiro, por lo que el joven prendió fuego a la mecha del falconete casi a bocajarro, mientras los otros dos disparaban sus mosquetes. El efecto fue contundente: casi una docena de indígenas cayeron como fulminados por un rayo, los demás huyeron despavoridos hacia el poblado. Cuando los expedicionarios llegaron a la aldea descubrieron que los nativos habitaban en altísimas chozas montadas sobre cuatro largos postes, a las cuales accedían con escalas de mano, pero la necesidad de provisiones les obligó a quemar el poblado para sacarles de sus viviendas. Los nativos de la isla, a pesar del pánico que sin duda les invadía, no se rindieron y pelearon por sus posesiones en medio de las llamas. Al final del día habían muerto más de cincuenta de ellos y quedado prisioneros en manos de los expedicionarios otros tantos, entre mujeres y niños. Después de coger todos los cereales y fruta que pudieron salvar de las llamas y apoderarse de los cerdos y gallinas desparramados por los alrededores, los hombres de Urdaneta se retiraron a las embarcaciones para evitar sorpresas y Urdaneta ordenó poner rumbo a Giloló.

Calmada el hambre, y sin poder izar las velas por tener el viento en contra, los paraos de Urdaneta se dirigieron con bogar pausado hacia la isla amiga, distante cuatro días de navegación. Todo indicaba que la exploración tocaba a su fin y que pronto estarían de vuelta en el fuerte de Tidore. Sin embargo, nada más lejos de la realidad, los nativos entre la bruma del horizonte habían avistado paraos y veleros portugueses, inmediatamente se dirigieron hacia el poblado de Gane, amigo de los españoles. No tardaron en ver dos barcos grandes y una docena de paraos saliendo de la neblina. No había duda cual era su intención. Evidentemente, les habían estado esperando escondidos en la costa. Los españoles decidieron hacerles frente a pesar de ser inferiores en dos a uno. No hubo estrategia previa. Cuando los dos bandos se encontraron en un mar en calma, ambos se lanzaron los unos contra los otros tratando de destruirse mutuamente. Poco a poco, el mar fue cubriéndose de color rojo. Por su parte, los veleros portugueses trataban de ganar barlovento a la nave de Urdaneta, aunque finalmente uno de ellos lo consiguió y se echó encima del velero español, pero el joven apuntó el falcón de estribor cuidadosamente,

esperando que la nave portuguesa estuviera a escasos metros, y aplicó cuidadosamente la mecha a la pólvora. El efecto fue increíble. La nave que se les echaba encima pareció pararse en seco. La confusión que creó fue tal que dio a los españoles la ocasión de salir airosos de la refriega. Mientras la otra nave portuguesa se dirigía a salvar a sus compañeros, Urdaneta dio la orden de arremeter contra los paraos enemigos disparando los falcones y a los amigos dirigirse a Gane. Afortunadamente para los españoles, los lusos optaron por salvar todo lo que pudieron de la nave que se hundía, permitiéndoles escapar.

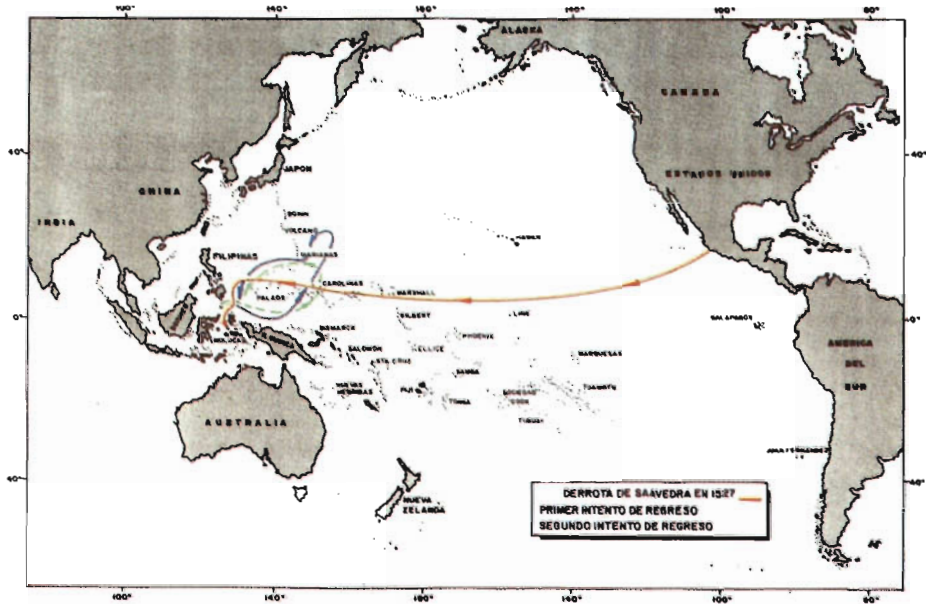
La vida de los castellanos en Tidore se fue asentando poco a poco. No tardaron los portugueses en volver a la carga, presentándose desafiantes ante la fortaleza de Tidore con un velero y dos paraos de unos treinta remeros cada uno. Carquizano ordenó a Urdaneta que les hiciera frente con ocho marineros y unos cuantos indígenas. Poco después las dos armadas se lanzaban la una contra la otra en una lucha nivelada y, una vez más, la guerra fratricida tiñó de rojo las aguas de la bahía. Después de una hora de intensa lucha, los portugueses consideraron que ya tenían bastante y se dieron a la fuga. Urdaneta pretendió seguirlos, pero pronto se dio cuenta de que a pesar de los esfuerzos de la carraca española, los portugueses le sacaban ventaja paulatinamente; entonces el joven trató de lanzar un último bombazo y en el momento en que aplicaba la mecha para lanzar el disparo, ocurrió algo inesperado que dio la vuelta a los acontecimientos. El grito de aviso de uno de los marineros, que se apercebó de una mecha encendida descuidadamente colocada sobre un barril de pólvora, llegó demasiado tarde. La explosión fue ensordecidora, los efectos devastadores. Seis nativos que se encontraban cerca murieron instantáneamente, mientras otros diez o doce resultaban heridos de consideración. Urdaneta, por su parte, aunque protegido parcialmente por uno de los nativos que resultó muerto, no pudo evitar que sus ropas prendieran fuego y, envuelto en llamas, se lanzó al agua. Al darse cuenta de lo sucedido, los portugueses dieron media vuelta, y el barco de los perseguidores se convirtió en perseguido. Los indígenas, espantados por lo sucedido, sólo pensaban en huir, sin que los esfuerzos de los castellanos sirvieran para devolverlos al combate. Urdaneta, malherido y abandonado, se veía en una situación difícil. No muy lejos estaban los dos paraos, que seguían luchando contra sus adversarios. Por otro lado el velero portugués se abalanzaba hacia él disparando arcabuzazos. Afortunadamente para él, uno de los paraos le recogió cuando ya le fallaban las fuerzas, y casi inmediatamente se sumió en la oscuridad.

A raíz de este incidente, se firmó una tregua entre Carquizano y García Enríquez, el gobernador portugués de las Molucas. Urdaneta tardó un mes en cicatrizar las quemaduras en la choza de una familia indígena. La vida fue tranquila hasta que se produjo el relevo de Enríquez por Jorge Meneses. Carquizano decidió enviar al nuevo gobernador una embajada de tres personas, Hernando de Bustamante, después el alguacil mayor, Gonzalo del Campo, y por fin al jovenzuelo con la cara quemada, Andrés de Urdaneta. El portugués creyó que se trataba de una capitulación en respuesta a su intimidación previa, pero Urdaneta le sacó de su error y la discusión se prolongó sin

que ninguna de las partes, tal como había sucedido cuatro años atrás en las reuniones de Badajoz y Elvas, llegara a un acuerdo. Los emisarios castellanos consiguieron algo en la reunión: imprimir en Meneses la idea de que estaban dispuestos a morir por sus ideas. Una vez se hubieron ido los embajadores, Meneses tuvo tiempo de pensar la situación. Era evidente que el tiempo jugaba a su favor, los castellanos eran cada vez más escasos y la posibilidad de recibir ayuda remotísima. Decidió reiterar la vigencia de la tregua acordada por su antecesor.

No tardó en presentarse una nueva expedición para Urdaneta a Gilolo por desavenencias entre el sobrino de Carquizano y Alonso de los Ríos. Él fue a sustituirlos una temporada. Sin embargo apenas solucionado esto, ocurrió algo que iba alterar el *status quo* de las islas. Un velero luso mató a doce indígenas y Urdaneta con un parao de treinta remeros los alcanzó en dos horas, debido a una ausencia casi total de viento, pero cuando los nativos se apercebieron de las dos culebrinas que asomaban por la borda del barco portugués, dejaron de bogar y se negaron a seguir avanzando, manteniéndose a una distancia prudencial. Urdaneta se lanzó al agua y, ante la atónita mirada de unos y otros, avanzó con vigorosas brazadas hacia el barco portugués y les acusó de la rotura de la tregua y les convino a que se atuvieran a las consecuencias y ante las amenazas de hacer prácticas de tiro con él se alejó nadando lentamente sobre su espalda, dando la cara a sus adversarios. La amenaza de Urdaneta se convirtió en realidad ocho días más tarde, un gran convoy de paraos saldría al día siguiente de Ternate. A media mañana todo estaba preparado. Ciento veinte nativos y diez castellanos en una veintena de paraos se escondían tras un saliente rocoso, al recibir la señal de la presencia del convoy dio la orden de ataque. Los portugueses no tuvieron opción. Cogidos casi desprevenidos, apenas tuvieron de defenderse contra un número muy superior de enemigos. Casi todos se entregaron. Incluso los dos portugueses encargados de la expedición prefirieron dejarse capturar sin disparar sus armas. Conducidos a Gilolo, no obtuvieron clemencia. Quinquil mandó decapitar a todos los hombres de Ternate. A los dos portugueses les hicieron prisioneros, mientras que a los demás nativos de otras islas los tomaron como esclavos. La indignación y furia de Meneses no tuvo límites al conocer tales hechos. Envió una nota de protesta a Carquizano responsabilizando a Urdaneta del ataque y reclamando un duro castigo contra él. A la mañana siguiente éste se presentó a Carquizano y explicó los motivos que le hicieron actuar como lo hizo. A continuación hizo entrar a los prisioneros portugueses que corroboraron sus palabras y, por último, Quichiltidore, sobrino del rey de Gilolo puso tal ardor en la defensa de Urdaneta que, Martín Iñiguez de Carquizano (quien, por otra parte, estaba deseando que lo convencieran) se levantó y dio al joven un fuerte abrazo. Durante algún tiempo volvió una tregua no declarada entre los contendientes.

A finales de junio de 1527 nada parecía perturbar la vida tranquila de las islas, pero después de una visita de un embajador portugués, Fernando de Baldaya, factor de la fortaleza de Ternate, Carquizano se sintió enfermo con



síntomas de envenenamiento, similar al sufrido por el rey Almanzor y provocado por unas plantas que crecían en Ternate y que habían sido arrojadas en el pozo de la fortaleza española de Tidore. Urdaneta fue avisado a Gilolo y se presentó de inmediato, pero poco pudo hacer, pues el 12 de julio moría el capitán. Calientes aún los restos, se reunieron en la iglesia los oficiales españoles para proceder a la elección del capitán castellano y fue elegido Hernando de la Torre, lugarteniente del jefe fallecido. Urdaneta fue encargado del plan de acción contra la isla de Tugabe, cuyos habitantes estaban atacando a los pescadores de Gilolo continuamente, porque se sentían protegidos por los portugueses; habían herido a hombres de Gilolo y se habían apoderado de su pesca. Se armaron diez paraos grandes más la fusta, que habían construido los castellanos. Mandaba a los indios Quichilrede, hermano del rey de Tidore, mientras que Urdaneta estaba al mando de los castellanos. Cuando la pequeña armada llegó a la altura de Gilolo se enteraron de que Quichil de Rebes estaba en Tugabe con trece paraos bien armados, con muchos portugueses en dos veleros. Los hombres del rey de Gilolo estaban a la espera de la llegada de los castellanos para unirse a ellos con otros seis paraos de cincuenta remeros. El choque entre las dos flotas enemigas fue violento y cruel. La lucha, aunque incierta durante la mayor parte del día, empezó a decantarse a favor de los castellanos a media tarde. A la caída del sol, la lucha se había decantado a favor de los castellanos, de modo que los portugueses optaron por huir. No hubo muertos entre los castellanos, solamente Roldán, artillero que había estado con Elcano, que había perdido media cara. Entre los nativos había habido más de cien muertos, unos ochenta de Tugabe. Después Urdaneta

intentó apoderarse de la isla, sin embargo, la cosa no resultó tan sencilla. Al mismo tiempo, se avistó un barco a cuatro millas de Ternate, que resultó ser una nao castellana, la *Florida*, enviada por Hernán Cortés desde Nuevo Méjico, al mando de Alvaro de Saavedra. Urdaneta se dirigió a bordo con dos paraos proporcionados por el rey de Gilolo y les prestó dos soldados para guiarlos hasta Tidore, donde fondearon el 30 de marzo de 1528.

La empresa de proveer de bastimentos a la *Florida* requirió otra serie de golpes audaces, incluso en la misma Ternate, lo que menguó el prestigio de Meneses y le obligó a preparar un ataque de gran efecto contra Tidore, la principal base castellana. Afortunadamente para los castellanos, sin embargo, tuvieron noticia de aquellos planes a tiempo y, contra el velero tripulado por cuarenta portugueses al mando de Baldaya, acompañados de innumerables paraos, los castellanos opusieron su fusta-pues no quería de la Torre arriesgar la *Florida* de ninguna manera-, mandada por Alfonso de los Ríos y con Urdaneta de subordinado, así como un número de paraos parecidos. La seguridad de Baldaya en su superioridad numérica le indujo una vez terminados los preparativos, a enviar un desafío a de la Torre; pero una genialidad cambió el aspecto del inminente encuentro. El jefe nativo estaba deseoso de contemplar un combate entre europeos exclusivamente, e incitó a Baldaya a que retara a los castellanos sin que los nativos participaran en la lucha. Alonso de los Ríos aceptó el desafío. La artillería del barco de Baldaya era muy superior a la de los Ríos, así que este comprendió que solo tenía posibilidades de éxito por medio del abordaje. La nave castellana consiguió ganarle el barlovento a la portuguesa y se precipitó sobre ella y se acometieron con gran ferocidad cuerpo a cuerpo. Urdaneta cubierto de sangre, vio a Baldaya alejado de la lucha en la proa de su barco. El joven vio que había llegado la hora de vengar la muerte de Carquizano, y, subiéndose por las jarcias, dio un salto y cayó sobre el jefe portugués, asestándole mandobles sobre el machete del portugués, que a duras penas podía defenderse, por fin, con un gemido, cayó abatido por un golpe en la cabeza que su brazo cansado no pudo evitar. Poco a poco, el combate fue decantándose a favor de los castellanos y los pocos supervivientes portugueses se lanzaron al agua para alejarse de la nave en dirección a los paraos del rey de Ternate. Éste, viendo a los portugueses perdidos, intentó en el último momento entrar en combate, pero no contaba con Urdaneta. Ordenó cargar las lombardas con rapidez y respondieron con una rociada de metralla que espantó a los nativos que se acercaban. Con las dos naves en su poder, los vencedores se retiraron a Tidore. Habían tenido cuatro bajas, y todos los de más estaban heridos, muchos de ellos de gravedad. Los portugueses habían tenido ocho bajas, seis de ellos cayeron prisioneros y los demás escaparon con diversas heridas.

Aparejada y abastecida la nao *Florida*, partió Alvaro de Saavedra de Tidore el 14 de junio de 1528 con una tripulación de treinta hombres. En contra de los consejos y el parecer de Urdaneta, el capitán de la nave ordenó poner rumbo sudoeste en cuanto estuvo en mar abierto (3). Pasado un tiempo llegaron a Tidore rumores de la llegada de algunos europeos a islas al sur de las Molucas. Hernando de la Torre temió que los portugueses se hubieran suble-



vado y por la suerte de la nao. De nuevo encargó a Urdaneta que investigara si en la isla Guayameli había blancos. El 14 de noviembre salió con otros dos compañeros en un parao, y atravesaron hasta Bichote, que era súbdita de Tidore; allí tomaron otros tres paraos con gente. Cuando llegaron a Guayameli, fueron al lugar donde estaban los europeos y no tardaron en encontrarlos en uno de los poblados y se los llevó a Tidore para ser juzgados. Al llegar Urdaneta a Tidore con sus prisioneros se encontraron con que Saavedra había vuelto, al haber encontrado vientos contrarios. El juicio se llevó a cabo durante los días siguientes, en los que sin necesidad de tormento de ninguna clase, los desertores confesaron que se habían querido alzar con la nave, pero al no poder hacerlo se fugaron con el batel. Después de escuchar a todos los testigos, De la Torre dictó una sentencia inapelable que condenaba a Simón de Brito a ser arrastrado por la ciudad de Tidore con pregón real que publicaba su delito, y más tarde a ser degollado y hecho su cuerpo cuartos, que deberían ser expuestos en los cuatro cantones de la isla a fin de que todos los que pasasen por allí lo viesen y escarmentasen. A Hernán Romero le mandó ahorcar. La sentencia fue ejecutada el 17 de diciembre de 1528.

Aunque la balanza del poder en las Molucas estaba hasta cierto punto equilibrada, los castellanos temían que cualquier suceso pudiera desequilibrarla. Este suceso fue la enfermedad del rey de Gilolo. Viéndose el rey morir, hizo llamar a los castellanos. El día de Año Nuevo de 1529 se presentaron ante él, Alonso de los Ríos, Andrés de Urdaneta y Fernando de Añasco, cuyo cometido fue, en primer lugar, consolar al rey y, en segundo, ofrecerse a lo que pudiera necesitar de ellos. El rey les encomendó a un hijo pequeño de seis años y les rogó que le tuviesen en su lugar y le favoreciesen. Encareció que aconsejasen al capitán castellano que cuidara de su reino de Gilolo, y que él dejaba mandado que siempre fuesen muy leales amigos y servidores de los castellanos. A la muerte del rey, los ánimos fueron caldeándose, y muy en particular los de los portugueses, que atacaban y efectuaban continuas incursiones desde Chiava, desde donde se oían rumores de que pretendían caer sobre Zamafo. Una vez más, Hernando de la Torre se vio obligado a intervenir. Salieron el 15 de enero con Martín García de Carquizano, sobrino del anterior capitán de la expedición, al mando y Urdaneta a sus órdenes directas y compuesta por dieciséis castellanos y ochocientos nativos. Quichilrede tenía otros tantos en Zamafo. El día 20, de madrugada, atacaron Chiava por tres lugares diferentes. Los grupos estaban al mando Carquizano, Urdaneta y Ríos. El grupo de Urdaneta atacó la casa de gobernador, al que mataron, y se apoderaron de gran cantidad de armamento, incluyendo varios falconetes de bronce. A las dos de la tarde todo había terminado. El botín fue cuantioso en esclavos y «mujeres hermosas», según las propias palabras de Urdaneta. Afortunadamente para los castellanos, no tuvieron que lamentar bajas, aunque sí murieron muchos nativos de los dos bandos. Tampoco había en aquel momento ningún portugués en Chiava. Aprovechando el éxito de la operación, los castellanos planearon junto con Mier, el rey de Tidore, el ataque hasta la entonces inexpugnable isla de Dondera, una pequeña isla defendida



por un fuerte con piezas de artillería servidas por portugueses. Los castellanos dividieron sus fuerzas en dos escuadrones. García de Carquizano iba al frente del grupo que había de ponerse a tiro de los baluartes con la intención de llamar la atención de los donderanos; el segundo escuadrón, al mando de Urdaneta, se puso al abrigo de los muros por la parte trasera, y los escalaron con cuerdas. Tal como había ocurrido en Chiava, la lucha fue sangrienta con muchísimas bajas por ambas partes, inclinándose la victoria de lado castellano. Al anochecer, una vez saqueado, fue pasto de las llamas.

La muerte del rey de Gilolo significó para los castellanos algo más que la pérdida de un amigo y protector. El regente Quichilrede, cegado por los éxitos conseguidos y por el enorme botín obtenido, exigió su ayuda en más expediciones guerreras. Y aunque de la Torre se resistió al principio, acabó cediendo ante las veladas amenazas de cortarles los avituallamientos. Urdaneta y Alonso de los Ríos tuvieron que salir paraos el 19 de octubre para atacar dos islas pequeñas situadas a una semana de navegación. Su correría había alcanzado notables éxitos y habían conseguido un botín considerable, pero a su llegada a Gilolo el 3 de noviembre se enteraron que Meneses, aprovechando su ausencia había obligado a capitular a De la Torre y exiliarse de Tidore, con el bergantín que tenían, a Zamafo. El capitán mandó al hidalgo Martín de Islares con órdenes tajantes de que saliesen de Gilolo y fuesen donde él estaba. Los castellanos hicieron caso omiso del embajador y, tal como habían previsto, comisionaron a Urdaneta, Ríos, Añasco y Quichilrede en tres paraos y se trasladaron a Zamafo el 2 de diciembre de 1529, pero no para rendirse a los portugueses, sino para tratar de convencer a su jefe de que volviera con ellos. Pero lejos de otorgarles su beneplácito a lo que pedían, y en cierto modo exigían, les ordenó que no volvieran a Gilolo. Urdaneta y sus compañeros regresaron a Gilolo con gran sentimiento al no acompañarles su capitán. Sin embargo, lo que De la Torre no estaba dispuesto a hacer por una causa, lo hizo por otra muy distinta. Tres días más tarde llegó a oídos del capitán castellano la noticia del regreso de la *Florida* a las islas. Y, lo que era peor, sus tripulantes estaban desperdigados. De la Torre marchó a Gilolo rápidamente para pedir a Urdaneta que rescatase al mayor número de castellanos como le fuera posible. El joven guipuzcoano esta vez obedeció gustoso a su capitán y salió con tres paraos y medio centenar de nativos a la isla de Tomalinga, donde parecía que habían abandonado la nao muchos de sus tripulantes. Cuando la expedición llegó a la pequeña isla, se encontró con que la nao había salido ya con un puñado de tripulantes hacia Gilolo, mientras el contraestre de la nave, Alonso de Bobedo, junto con media docena de hombres, habían huido a Ternate. Inmediatamente Urdaneta salió tras ellos, pero la distancia que los desertores llevaban resultó ser demasiada para alcanzarlos, por lo que al llegar a las proximidades de Ternate ordenó desembarcar en un lugar lejos de la fortaleza de los portugueses. Casualmente avisaron el parao donde iban los desertores y los hicieron prisioneros.

Un indio principal cometió la imprudencia de matar un cerdo de la propiedad del capitán portugués. Meneses, colérico por tal acción, cometió una

increíble falta de sentido político al obligar al indígena a comer tocino bajo pena de muerte. Como la mayoría de los habitantes era musulmana y su religión les prohibía comer cerdo, ese gesto de Meneses provocó oleadas de indignación anticristiana. La afrenta del portugués hizo olvidar sus diferencias a los indígenas, que iniciaron en secreto preparativos para una sublevación destinada a extirpar de las islas todo rastro de enemigos de la fe mahometana. Pronto la conoció Urdaneta y acudió a su jefe para proponerle hablar con Meneses para una alianza y De la Torre aceptó y le encargó hablar con Meneses. La reunión con el capitán portugués no fue en principio todo lo fructífera que pudiera esperarse. Meneses se negó a aceptar la verosimilitud de lo que contaba el guipuzcoano. Poco después de la partida de Urdaneta, mandó llamar al rey de Ternate, de trece años de edad, a Quichil de Rebes y a una docena de personajes importantes de la isla. Una vez en la fortaleza, ordenó prenderlos a todos y aislarlos en lo alto del fuerte. Tras el interrogatorio, en el que no se excluyó la tortura, los nativos confesaron los planes que había revelado Urdaneta. El capitán portugués hizo degollarlos a todos, excepto al joven rey, al que mantuvo prisionero. Al saberse las noticias, todos los nativos de Ternate huyeron de los poblados escapando a los montes. Las noticias de lo sucedido en Ternate llegaron confusas a Gilolo. Los indígenas de la isla pensaban que los españoles imitarían a los portugueses y ya creían que había llegado el último momento de sus vidas. Por su parte, Hernando de la Torre no tenía las ideas claras de lo ocurrido en Ternate, por lo que, una vez más, se valió de los buenos servicios de Urdaneta y le mandó a entrevistarse de nuevo con Meneses. Esta nueva conversación con el capitán portugués fue mucho más cordial que la primera y se comprometió a firmar un pacto de mutua asistencia. De regreso a Gilolo, después de contar a su jefe lo sucedido en Ternate, éste le encargó hablar con los nativos y calmarlos, pues hablaba su idioma mejor que nadie, y además le tenían en gran aprecio. Tras largas discusiones, en las que Urdaneta dejó que los indígenas se desahogaran, por fin consiguió que llegaran a un entendimiento final y juraran amistad eterna. Era el día 15 de octubre de 1530.

Apenas había transcurrido un mes desde el comienzo de la nueva situación cuando la llegada de tres naos portuguesas volvió a cambiar el panorama político de las islas. Las naves venían al mando del almirante Gonzalo de Pereira, quien iba a sustituir al impolítico Meneses. Este cambio pretendía apaciguar los ánimos todavía resentidos de los nativos de Ternate. El 20 de noviembre, Pereira recibió la visita de Urdaneta, representando a los españoles de Gilolo, que querían renovar la alianza hispano portuguesa pactada por Meneses. Sin embargo, una noticia inesperada aguardaba al joven guipuzcoano:

«Vuestro Rey-le comunicó- ha empeñado, no vendido, sus derechos sobre las islas de la Especiería por trescientos cincuenta mil ducados de oro, de 375 maravedíes cada uno, al rey de Portugal. Siendo eso así, tendremos mucho gusto en consideraros nuestros huéspedes y podéis disponer de nuestras islas a vuestra merced».

La noticia fue recibida por los castellanos con grandes muestras de reservas por si era falsa y el capitán decidió continuar en Gilolo. Sin embargo, la noticia era cierta el emperador había firmado con Juan III, rey de Portugal, el Tratado de Zaragoza el 22 de abril de 1529.

La necesidad de vestido y alimento era apremiante para la colonia castellana. El auxilio que recibían del regente de Gilolo no les alcanzaba ni con mucho. Para remediar este estado de cosas se preparó una expedición a la isla de Gapi, capitaneada, una vez más por Urdaneta. En esta isla se fabricaban herramientas de hierro, que pensaban cambiar por telas, baratijas y cosas de escaso valor, para después venderlas a buen precio en Gilolo e islas vecinas, y de este modo obtener algún dinero con el que subsistir. El guipuzcoano arribó a Gapi con tres paraos. Allí tuvo que esperar casi dos semanas a que el rey se dignara concederle una audiencia para concederle licencia para negociar libremente con las gentes de su isla. La estancia en la isla duró cuarenta días, durante los cuales averiguó que la isla de Tabuco, distante unas treinta leguas, era la gran productora de hierro de la zona. Decidió acercarse a dicha isla y adquirir los productos de hierro directamente de ellos, sin intermediarios. No obstante los vientos contrarios le impidieron realizar este proyecto, viéndose obligado a regresar a Gapi de nuevo. Este fracaso, al ser conocido por el rey-zuelo de la isla, le indignó sobremanera. Tomó a mal que Urdaneta reservara lo mejor de sus mercancías para las islas que el no dominaba, y ordenó aparejar su escuadra para apresar a los paraos del guipuzcoano. Afortunadamente para la expedición, tuvieron noticias de las intenciones del rey y pudieron huir precipitadamente, aunque eso sí, sin apenas aprovisionarse para la larga travesía de vuelta a Gilolo, que distaba más de cien leguas.

Durante esta navegación, así como en todas las demás, Urdaneta fue tomando nota de las corrientes y vientos, así como pequeños detalles que pudieran ayudarle a sobrevivir en la mar. Nunca mejor que en esta expedición pudo el joven aprender las técnicas que usaban los indígenas para encontrar el fluido necesario para proporcionar al cuerpo su sustento vital. Además de beber su propia orina, los indígenas recogían todas las algas que encontraban flotando en el mar para masticarlas crudas lentamente, extrayendo todo el líquido que podían y escupiendo el resto. Por otra parte, aunque no se encontraban bancos de peces lejos de las islas, siempre había escualos que seguían a las embarcaciones, atraídos por el olor de la carne humana. La captura de estos tiburones se efectuaba no sin grandes riesgos para los arponeadores, que llegaban incluso a introducir una mano en el agua para atraer a los escualos. Después de largas luchas, que a veces ponían en peligro incluso la estabilidad de las embarcaciones, el tiburón era subido al bote mientras todavía abría y cerraba las mandíbulas provistas de terroríficas hileras de afilados dientes. La carne correosa del esqualo se cortaba entonces en finas tiras y se repartía equitativamente entre la tripulación. Los hombres se metían en la boca pequeños trozos de carne completamente cruda y los masticaban concienzudamente. El hígado del pez poseía una gran cantidad de líquido amarillento que sustituía al agua proporcionando al cuerpo el fluido necesario para la supervivencia.

Exhausto de fuerzas, pero contento por la aventura y la experiencia, Urdaneta llegó a Gilolo el 10 de julio de 1531.

Apenas habían transcurrido dos semanas desde la vuelta de Urdaneta a Gilolo cuando otro acontecimiento tuvo lugar en las islas. Los indígenas de Ternate ansiaban la libertad de su rey, apresado por Meneses, pero Pereira no parecía dispuesto a esta pretensión. El fracaso de repetidas gestiones acentuó la tensión entre portugueses e indígenas. De nuevo, sorprendentemente, comenzó a fraguarse la sublevación. El 27 de julio de 1531, sin previo aviso, una muchedumbre de indios sublevados asaltó la fortaleza portuguesa y acuchilló a Pereira y sus ayudantes. Con todo, los portugueses consiguieron, a costa de inauditos esfuerzos, recobrar la fortaleza, pero quedaron sitiados por los nativos. El nuevo capitán portugués, Fonseca, se hallaba en una difícil situación, y se decidió a jugar la última carta. Una noche oscura consiguió llegar a la isla de Gilolo en un parao y dirigirse a la casa del capitán español. Los dos hombres se encontraron frente a frente y consiguieron alcanzar un acuerdo por el cual los españoles se comprometían ayudarlos en las actuales circunstancias y luego los lusos les ayudarían a regresar a Castilla. Proporcionarían un salvoconducto del gobernador de la India y dos mil ducados. También un documento comprobatorio de la cesión de sus derechos a las islas de las Especies efectuada por Carlos I al rey de Portugal.

Pedro de Montemayor fue la persona designada para llevar la carta al virrey portugués Nuño de Anaya. En la misiva, De la Torre exponía con franqueza su situación y pedía para él y su gente pasaportes para Europa. Solicitaba además la suma de dos mil ducados para pagar algunas deudas contraídas en las islas. Montemayor partió en un convoy portugués a mediados de enero de 1532. Mientras aguardaban su regreso, los españoles, y en especial Urdaneta, se aventuraron en arriesgadas navegaciones por los mares cercanos. A menudo, portugueses y españoles participaron juntos en ellas, provechosas unas veces desastrosas otras. En julio de ese mismo año, Urdaneta organizó por su cuenta y riesgo una pacífica expedición a Tabuco, la isla del Hierro, con magníficos resultados. Hicieron trueque de cuentas de vidrio por objetos de hierro, tales como alfanjes y cuchillos, los cuales vendieron muchos más caros en las islas de Ambón y Randán.

Por fin, el 4 de noviembre de 1533, fondearon dos naos portuguesas en Ternate. En una de esas naves iba el caballero Tristán de Tayde, relevo del fallecido Gonzalo de Pereira, y con él llegó Pedro de Montemayor, que relató enseguida de que había sido objeto en la India, y en especial por el virrey Nuño de Anaya. Montemayor llegó a Gilolo acompañado de media docena de caballeros portugueses que traían regalos para el gobernador de la isla en agradecimiento al favor que habían hecho a los portugueses juntamente con los castellanos. Montemayor explicó que había conseguido todo lo pedido: los dos mil ducados y un salvoconducto para todos los españoles. Lo único que no pudieron darle fue ningún documento del emperador, pero el virrey le juró por su honor que era verdad lo de la cesión por parte del rey castellano de las Molucas. De la Torre propuso trasladarse a la fortaleza portuguesa de

Ternate, mientras llegaba la hora de partir, aunque hubo varios que, como Urdaneta, tenían lazos de familia con nativos (tenía una hija) y prefirieron quedarse. Como era natural los nativos no tardaron en averiguar las intenciones de los castellanos y enviaron a un grupo de parlamentarios en actitud un tanto levantisca. Los nativos de Gilolo estaban decididos a resistir contra los portugueses y exigieron al capitán español, cuando vieron que todo estaba perdido, que dejara, ya que no sus hombres, al menos su armamento. De la Torre les prometió que emplazaría la artillería en la costa. Sin embargo, la noticia de esta promesa llegó rápidamente a oídos de Tristán de Tayde, que mandó preparar los barcos disponibles. El 10 de diciembre la armada portuguesa se presentó en Gilolo pero fueron convencidos por el parlamentario enviado por el capitán español, Gonzalo de Vigo. Los diecisiete castellanos que quedaban en Gilolo se abrazaron con sus antiguos enemigos y los gilolanos, estupefactos ante la actitud de los españoles, inesperada para ellos, desistieron de sus intenciones y se adentraron en los montes.

No tuvieron mucho que esperar los castellanos para su repatriación, pues el 6 de febrero salía un convoy de naves para la India en el que partieron Hernando de la Torre, Pedro de Ramos, Juan Mencha Celemín, Juan de Perea, Lucas de Arbenga, Alonso de los Ríos y Pedro Montemayor. Urdaneta se quedó en tierra con poderes de Hernando de la Torre e instrucciones de cobrar ciertos vales que debían los indios al emperador, al mismo De la Torre, a Urdaneta y a otros varios. Sin embargo, cuando Urdaneta quiso hacer efectivos los vales, el capitán Tayde le prohibió tajantemente cobrar nada a algunos reyes de las islas Molucas y a otras personas particulares que debían clavo al emperador. Adujo, entre otros motivos, el que las islas pertenecían ahora a Portugal. Con Urdaneta se quedaron el piloto Macías del Poyo y varios castellanos que habían formado familias con nativas.

Embarcó, con Macías del Poyo, en el junco del mercader portugués Lisuarte Cairo. También embarcaron presos el rey de Ternate, su madre y otros dos personajes de la isla. Iban a Malaca para ser juzgados por traición. Urdaneta llegó a las islas de Banda el 5 de marzo de 1535. Allí se le presentaron los antiguos regentes de Tidore y Gilolo para pedirle que recabase del emperador castellano el envío de una nueva armada, ya que todos estaban dispuestos a favorecer a los castellanos y a acabar con el dominio portugués por lo intolerable que les resultaba. El joven aseguró que haría todo lo posible por conseguirlo, aunque interiormente sabía que, de ser cierto el acuerdo entre las monarquías, nunca se sacudirían los moluqueños el yugo portugués. En Banda, el junco estuvo detenido hasta junio esperando tiempos favorables para la navegación. Por fin, salieron con vientos de popa para Java y fondearon en el puerto de Panaruca. Durante todo el recorrido Urdaneta no dejó un solo instante de cartografiar, con la ayuda del piloto Macías del Poyo, todas las islas, corrientes y vientos, añadiendo los bajíos y todo lo que pudiera ser útil para la navegación. El 15 de noviembre, Urdaneta y los demás llegaron a Cochín en un junco portugués del comerciante Álvaro Presto, después de una estancia en Ceilán. Allí se encontró con su antiguo capitán Hernando de la

Torre y los demás, que llevaban un año esperando algún barco que pudiera llevarlos a Europa. De todas forma el eran los invitados del virrey de la India, Nuño de Anaya, y los trataba muy bien. No les faltaba de nada. En el puerto, un convoy se aprestaba para salir hacia Portugal. Los castellanos fueron informados de que serían repartidos entre los diferentes buques del convoy. Urdaneta y Macías del Poyo embarcaron en la nao *San Roque* pagando cincuenta ducados pero sin derecho a tener llave para los bastimentos que habían comprado para su sustento. Los portugueses les dieron dos fardos de arroz, un poco de pescado y dos sarafis, moneda de oro que valía trescientos maravedíes. Por su parte, Hernando de la Torre, junto con los otros cuatro compañeros, lo hicieron en la nao *la Gallega*. Antes de separarse, los castellanos se repartieron todos los papeles que pretendían llegar a manos del emperador. De la Torre hizo una copia de la relación de los hechos que estaba en su poder para que la llevara Urdaneta consigo, por si él no llegaba con vida a Lisboa. El 12 de enero de 1536 salieron de Cochin cinco naos cargadas de especierías. Antes de llegar a San Lorenzo se adelantó la *San Roque* por ser más marinera que las otras. El 30 de marzo rebasaron el cabo de Buena Esperanza y muy pronto avistaron la isla de Santa Elena. Allí se detuvieron ocho días, que aprovecharon para hacer aguada y para que los viajeros rigiesen calabazas verdes, granadas, naranjas y algún pescado. Partieron de Santa Elena para seguir navegación a Portugal, y, después de una breve recalada en las islas de Cabo Verde, llegaron a Lisboa el 26 de junio de 1536.

#### *Cargos de calidad en México (1536-1552).*

A su llegada a la capital lusa, Urdaneta se encontró con la desagradable sorpresa de no ser autorizado a saltar a tierra por las autoridades portuarias. El oficial de la Guardia Mayor se apoderó del portacartas donde se hallaba la relación y la carta que Hernando de la Torre mandaba al emperador, el libro de contaduría de la nao en la que llegaron a las Molucas, junto con otro libro grande de Urdaneta y ciertas cartas de los hombres que habían quedado atrás. En otro cofre estaban las cartas náuticas que Urdaneta había dibujado de las islas Molucas y de todas las islas de su entorno, a pesar de estar estas disimuladas como cartas personales. En la misma caja estaba la derrota que llevó la expedición de Loaysa desde la Coruña hasta las Molucas, así como la derrota de la carabela que fue de Nueva España a las Molucas junto con otras memorias y escrituras. El embajador de Castilla en Lisboa, Luis Sarmiento, trató de calmarlo haciéndole ver que la Corona portuguesa quería mantener a toda costa el monopolio de las especies y no estaba dispuesta por nada del mundo a transigir con nada que afecte a aquella zona. Sus cartas náuticas de las islas le venían como anillo al dedo, y en esos momentos su seguridad personal peligraba, porque querían sus conocimientos. Sarmiento le recomendó salir de Portugal lo antes posible, tenía preparado un caballo en las cuadras para que galopara hasta la frontera antes de que mandaran un destacamento de



soldados. Urdaneta se negó, en principio, por su hija, pero el embajador se ofreció a cuidarla y enviársela antes de dos semanas a Valladolid, donde estaba la Corte.

Cuando Andrés de Urdaneta y Macías del Poyo llegaron a la capital imperial se encontraron con la sorpresa de que el emperador Carlos estaba de campaña en Italia. Sin embargo, los oficiales del Consejo de Indias se mostraron encantados con la presencia de ambos marinos y les sometieron a infinidad de preguntas. Los interrogatorios se prolongaron durante muchos días, y los oficiales quedaron asombrados de la increíble retentiva del joven guipuzcoano. En muchos casos era capaz de dibujar cartas de derrotas de las islas con sus vientos y corrientes. Se acordaba de la latitud de todas y cada una de las tierras que componían no solo las Molucas, sino las islas que las circundaban. Juan de Espinosa, oficial mayor del Consejo, les ordenó que se fueran a sus hogares, para descansar, y les entregó una bolsa con sesenta ducados para cada uno, que se les entregaba a cuenta de sus haberes. A Urdaneta le ordenó, que ya que tenía tan buena memoria, escribiera una relación completa, desde el día que salió de La Coruña hasta su llegada a Valladolid. Sería interesante que la tuviera lista para el regreso del emperador, dentro de unos seis meses. Se le mandaría llamar a la Corte.

El emperador Carlos llegó a Valladolid de su viaje a Italia y África el 20 de febrero de 1537. Seis días más tarde entregaba al emperador la «Relación de los sucesos de la Armada de Loaysa». Narraba al detalle las vicisitudes de la expedición, y especialmente desde la partida del Maluco hasta Lisboa.

Mientras estaba en la Corte, en una de las recepciones oficiales, Urdaneta entró en contacto con una persona que iba cambiar el rumbo de su vida: Pedro de Alvarado, uno de los capitanes del conquistador de Nueva España, Hernán Cortés. Alvarado rápidamente valoró los resortes humanos de Urdaneta y no tardó en vislumbrar las cualidades del hábil cosmógrafo. Estaba preparando dos expediciones, por ese motivo estaba allí. Una a lo largo de las costas de Nueva España, y otra, la más audaz y arriesgada, hollando el océano Pacífico. En esta última tenía cabida indiscutible Urdaneta y Alvarado le tentó para que se trasladase con él a Guatemala. También estaba planeando formar otra expedición, para más adelante, a China. Las posibilidades de inmensas fortunas en estas expediciones eran inconmensurables. Urdaneta lo sabía, aunque también conocía que las posibilidades de sobrevivir eran escasas. No obstante, la idea de nuevas aventuras le atraía, encontraba la vida en su villa natal muy aburrida. La despedida de Andrés de Urdaneta de sus padres e hija, que había sido rebautizada en Villafranca con el nombre de Gracia de Urdaneta, fue muy emotiva. Los ancianos sabían que sería muy difícil que volvieran a ver a su hijo de nuevo. Sin embargo, ambos se daban cuenta de que Andrés no era feliz en aquel ambiente plácido y sosegado, era evidente que necesitaba algo que llenara más su vida.

La armada de Pedro de Alvarado salió de Sevilla el 16 de octubre de 1538. Urdaneta apenas tenía treinta años de edad y ¿cuánta gente había que hubiera vivido lo que él había vivido?. Con ellos viajaban entre soldados, empleados



y mujeres, más de cuatrocientas personas. Entre éstas se encontraban Martín de Islares, soldado y camarada de Urdaneta en las Molucas, y Juan Ochoa de Zavala, hijo de Ochoa de Zabala y Margarita de Urdaneta, su hermana. A la llegada a Santo Domingo, Urdaneta conoce a Gonzalo Fernández de Oviedo, en aquel momento gobernador de la isla y autor de la primera «Historia General y Natural de Indias», en donde se deshace en elogios para con aquel. De Santo Domingo, tras una breve escala en Honduras, Alvarado se dirige a Guatemala, donde ha sido nombrado recientemente gobernador. En agosto de 1540, apresta una poderosa armada con 13 barcos tripulados por más de mil hombres, que se dirige a Acaxucla, puerto del mar del Sur, desde donde había de comenzar su viaje en demanda de las siete

ciudades.

El virrey de Nueva España, Antonio de Mendoza, ponía todo su empeño en conseguir nuevas tierras para la Corona. Su amigo el obispo de Méjico, Juan de Zumárraga, coincidía en la mayoría de sus puntos de vista, aunque con la salvedad de que el obispo veía en estas expediciones un motivo para salvar almas, que de otra manera se condenarían irremediabilmente, mientras el virrey se preocupaba más por aumentar su poder y riqueza. Además el emperador insistía al virrey en descubrir nuevas tierras allende del Pacífico. En vista de lo cual, se pusieron manos a la obra para preparar otra expedición hacia el Pacífico, la de Pedro de Alvarado, la más grande que haya cruzado los mares del Sur. Pensaban preparar seis naves con medio millar de hombres. Aunque tropezaron con una dificultad importante, necesitaban un cosmógrafo o piloto que conociera aquellos mares y pensaron en el mejor, Andrés de Urdaneta, pero éste se negó rotundamente porque la idea de la expedición era dirigirse a Cebú, cuando todas esas islas caen dentro de la demarcación que el papa Alejandro VI otorgó a Portugal. Además, el virrey no consideraba a Alvarado el más idóneo para esta expedición por considerarlo muy impulsivo y en un viaje de exploración como el que se proyectaba quizá sería necesario poner al frente a alguien más cabal y templado. Características que reunía Ruy López de Villalobos y, además, experto navegante. A Pedro de Alvarado le sentó muy mal la decisión del virrey, pero un hecho insospechado cambió de momento su estado de ánimo.

En 1541 estalla una virulenta insurrección de los indios chichimecas y caxcanes, conocida como la guerra del Miztón, en Nueva Galicia y su gobernador, el capitán Cristóbal de Oñate, sabedor de la presencia de Alvarado en tierras mejicanas, envió a llamarle con toda urgencia, ya que tiene a su disposición todos los medios de la expedición. Dos hombres, Juan Fernández de Hijar y el capitán Villarreal, fueron comisionados para dar con el lugar donde pudiera encontrarse Alvarado. Ambos hombres se separaron y fue Villarreal quien lo halló en Zapotlán (hoy día en proximidades de Guadalajara-Jalisco-) y le hizo entrega de una carta del gobernador. En ella le pedía que, con toda brevedad, le fuese a socorrer con su persona, caballos, soldados y arcabuceros porque estaba con los suyos cercado, y terminaba indicándole que, de salir victoriosos los indios chichimecos, todo el territorio conquistado de la Nueva España corría un gran riesgo. En cuanto Alvarado hubo leído la misiva, llamó a Urdaneta y se la entregó sin decir palabra. Andrés leyó la carta y preguntó: ¿cuándo salimos? Sin perder un instante, Alvarado comenzó la distribución de su gente. Asignó un capitán con cincuenta soldados para el pueblo de Autlán, con orden de que acudiese en socorro de la villa de La Purificación, de la que era capitán Juan Fernández de Hijar. En Zapotlán puso otro jefe con otros cincuenta soldados con encargo de acudir en socorro, si fuera menester, de los pueblos de Colima y provincia de Ávalos, colindante con Nueva Galicia. Otro grupo de cincuenta soldados fue destinado al pueblo de Erzatlán con el necesario capitán. Reservó otros veinticinco soldados para la laguna de Chapalac, distante siete leguas del valle de Tonalán. Retuvo consigo cien soldados escogidos, más de la mitad a caballo, ballesteros y arcabuceros, para preparar lo que pensaba que sería la batalla decisiva contra los indios chichimecas. A su lado estaba Urdaneta. La campaña resultó mucho más larga de lo que esperaban, pues aunque libraron del cerco al capitán Oñate, los indios siguieron oponiendo resistencia en todo el territorio mediante pequeñas escaramuzas que iban desgastando a los castellanos. Contra la opinión de Urdaneta y de algunos capitanes, Alvarado, en cuyo temperamento y modo de ser no se equilibraba el valor con la imprudencia y temeridad, decidió proseguir la campaña en invierno, cuando los caminos resultaban impracticables por las lluvias y los caballos constituían más un peligro que una ayuda. Pretendía caer sobre los chichimecas cuando menos lo esperaran y arrasar sus poblados principales. Para al llegar el buen tiempo, haber terminado la lucha. Sin embargo el destino había de negar al gran conquistador ver cumplidos sus deseos. Tres días más tarde, y tal como había advertido Urdaneta, uno de los caballos resbaló en una pendiente muy pronunciada (una barranca muy pronunciada cerca de Yagualica) y rodó sobre Alvarado despeñándolo al abismo. Pocos días después moría en Guadalajara, a donde había sido trasladado, aquel hombre recio de tan discutida personalidad (3 de julio de 1541). A la muerte del Adelantado, se eligió capitán de la expedición a Urdaneta, mientras durara la campaña. Su primera decisión fue pasar la época de las lluvias en Nueva Galicia. Siguió luchando contra los rebeldes hasta que en el asalto del cerro del Miztón, dirigido por el propio virrey Antonio de Mendoza, en febrero de 1542, pusieron fin a la revuelta.

Al terminar aquí, el virrey le encargó que ocupara puestos de los denominados en aquella época de calidad, al servicio del Rey, tanto militares como civiles. Entre ellos aparecieron los de corregidor y visitador. El 6 de febrero de 1543, el virrey Antonio de Mendoza nombró a Urdaneta visitador de los municipios de Zapotlán —actual Ciudad Guzmán—. Era la continuación de la asignación de misiones de alta responsabilidad, pues antes le habían encargado que actuase como corregidor de la mitad de los pueblos de Ávalos, comarca que abarcaba parte del noroeste de Michoacán y del sur de Jalisco y Colima. Del destacado protagonismo de Andrés de Urdaneta entre la cúpula dirigente de Nueva España, habla el papel de apaciguador de rebeliones que le asigna el virrey.

Mendoza estaba al corriente de lo que pasaba en Lima: a raíz del asesinato de Francisco Pizarro en las calles de la capital inca, los disturbios habían ido aumentando hasta culminar con la insurrección de Gonzalo Pizarro contra el virrey Núñez de Vela. Muerto el virrey, el hermano menor de Francisco Pizarro llegó a permitir que reinara el desorden por doquier y, a este efecto, había disuelto la audiencia, dispersado a sus oidores y cometido las más horripilantes tropelías. El emperador había enviado al licenciado Pedro de la Gasca con una carta para que el virrey le facilitara una armada para acabar con la rebelión del menor de los Pizarro. Mendoza reunió un ejército de seiscientos soldados y puso a su propio hijo al frente de la expedición y como maese de campo a Cristóbal de Oñate. Como almirante de la flota que trasladaría al ejército a Andrés de Urdaneta. A mediados de marzo de 1547, la expedición estaba prácticamente lista. Más de seiscientos hombres, entre los que iba la flor y nata de la nobleza de Nueva España, embarcaron en la armada. Sin embargo, cuando la flota estaba a punto de hacerse a la vela, llegaron noticias del Perú anunciando la derrota de los rebeldes. Su jefe, Gonzalo Pizarro, había sido decapitado y Francisco de Carvajal, otro de los más comprometidos en la rebelión, fue descuartizado después de haber sido arrastrado por las calles. Así pues, la armada de Nueva España quedó solo en preparativos y nombramientos. Con la consabida acción de gracias por la acción generosa de servir a la Corona, cada uno regresó a su casa.

Urdaneta vivía en un suntuoso edificio de maderas nobles en las afueras del poblado de Michoacán, la pequeña aldea que fundara Pedro de Alvarado, que se había convertido en una próspera y floreciente ciudad en la que habitaban más de diez mil indios y cien soldados castellanos y él era su gobernador. En la misma ciudad había una misión que regían los frailes agustinos y entre ellos estaban los cuatro clérigos que habían sido los primeros en dar la vuelta al mundo con la expedición de Villalobos, Esteban de Salazar, Junípero de Serra, etc. Con ellos hablaba casi a diario y a ellos, entre otros, les confesó que había una posibilidad de volver desde las islas de Oriente y que incluso él volvería desde allá con una carreta. En esos días se especula con la posibilidad de que le llegara la noticia de la boda de su hija Gracia, que vivía con su hermana Margarita, después del fallecimiento de su hermano mayor, que fue el encargado de cuidarla desde la muerte de sus padres y este fuera el deto-

nante que le incitara a ingresar en la orden agustina, probablemente el 19 de marzo de 1552, en el monasterio llamado del Nombre de Jesús, de los agustinos de la ciudad de Méjico.

*Fraile agustino, maestro de novicios (1552-1564).*

Al año siguiente, en el mismo convento, el 20 de marzo, el insigne navegante hacía sus votos. Cinco años después, en 1557, es ordenado sacerdote y se le asigna la responsabilidad de maestro de novicios en el citado convento de la Orden de San Agustín de la ciudad de Méjico.

Retirado del mundanal ruido, Urdaneta seguía pensando que era posible volver de las islas de la Especiería a América por el Pacífico. “No con una nao, sino hasta con una carreta podría yo regresar de las islas de Poniente”, había afirmado varias veces públicamente. Semejante certeza había llegado a oídos de Luis de Velasco, nuevo virrey de Nueva España a la muerte de Antonio de Mendoza. Éste, con la intención de escuchar sus opiniones, convocó a los pilotos y técnicos en el arte de navegar residentes en Nueva España, entre ellas el general de las flotas de Indias Pedro Menéndez de Avilés, el capitán Juan Pablo Carrión y algunos otros pilotos ancianos que, como éste, habían conocido las Molucas. Ante ellos, volvió a insistir el fraile que no solo era posible navegar por el Pacífico de Asia a América, sino que resultaba una tarea fácil. El virrey, que tenía plenos poderes de Felipe II para organizar misiones de exploración en el mar del Sur, no se atrevió asumir él solo la responsabilidad e hizo llegar la propuesta al Rey Prudente. La respuesta del monarca no dejó lugar a dudas: “lo principal que en esta jornada se intenta, es saber la vuelta, pues la ida se sabe que se hace en poco tiempo”. En su carta, Velasco había pedido que al frente de la expedición fuera fray Andrés de Urdaneta, «por la noticia y experiencia que tenía de las cosas de aquellas islas de la Especiería por haber estado en ellas...». El 24 de septiembre de 1559, el Rey le escribió una carta para pedirle que fuera en las dos naos destinadas al descubrimiento de las islas del Poniente, tanto para la navegación, como para el servicio de Dios Nuestro Señor. Al mismo tiempo, Felipe II escribió al provincial de los agustinos de Nueva España, Agustín de Coruña, recomendándole diera su aprobación en lo que pedía a fray Andrés de Urdaneta, encareciendo a dicho superior la importancia de la jornada. El 22 de mayo de 1560 contestó el padre Coruña al monarca, después de haber consultado al virrey de Nueva España. En la carta no solamente aceptaba la propuesta, sino que sugería el número de religiosos que deberían acompañar al P. Urdaneta en la expedición: no más de cuatro. Luis de Velasco contestó, así mismo, al Rey con carta fechada en Méjico el 28 de mayo de 1560, abundando en las ideas de Urdaneta y manifestando que no convenía entrar en la jurisdicción del rey de Portugal, como podría ver en la Relación que acompañaba a su carta, la cual había sido redactada por él y Urdaneta. Velasco y Urdaneta tenían las cosas muy claras sobre la meta de la expedición, amén de una voluntad deci-



dida de llegar no a las Filipinas, sino a Nueva Guinea. Faltó, sin embargo, otro elemento capital como fue el aprestamiento de las naos a tiempo. El 9 de enero de 1561 escribía el virrey a Felipe II notificándole que seguía la preparación de las naos y que cada día surgían nuevas necesidades, por lo que la partida se retrasaba más de lo previsto. En la misma carta comunicaba Velasco al Rey que para jefe de expedición había nombrado a Miguel López de Legazpi, natural de la provincia de Guipuzcoa, hijodalgo notorio de la casa de Lazcano, deudo y amigo de Urdaneta. Éste minucioso en extremo, no dejó un solo cabo sin atar. El guipuzcoano lo tenía todo previsto: desde los astilleros constructores de las naves expedicionarias hasta el puerto de mejores condiciones, a su juicio, para la partida; el cálculo de los necesarios bastimentos para la jornada, y recabó sabios consejos concernientes a la conveniencia de procurarse la ayuda de aborígenes para los preparativos, enseñándoles oficios de carpinteros, calafates, cordoneros, torneros, herreros y otros relativos a las construcciones marítimas. Estudió meticulosamente la ruta de la expedición. Si la expedición salía durante el mes de octubre, o antes del 10 de noviembre, se dirigiría hacia Filipinas. La salida de la armada con fecha posterior suponía tomar otro distinto rumbo. Las naos debían, debían en tal caso, dirigirse al sur, hasta colocarse 25° por debajo del ecuador, reconocer desde allí hasta Nueva Guinea, y, después, subir a Filipinas para iniciar el regreso desde estas islas. Por último, si la partida se demoraba hasta marzo, convenía navegar hacia los 44° Norte hasta las cercanías de Japón descender luego a Filipinas. Al responder Felipe II a la memoria de Urdaneta con el deseo de salvar los fueros de la autoridad puso todo el negocio de la expedición en manos del virrey Luis de Velasco, encomendando a fray Andrés de Urdaneta que en ese punto se atuviera a lo que el virrey le mandase. Pero Luis de Velasco no tenía ideas propias y en todo estaba de acuerdo con Urdaneta. Entre los dos mantenían la idea y ruta de Nueva Guinea. Felipe II quería que se exploraran las Filipinas, porque había mucho oro y perlas, además de algunas especies como la canela, y los portugueses no se habían asentado todavía. Pero necesitaba a Urdaneta por el tornaviaje, por lo que tuvo que recurrir al truco de los sobres lacrados. Instrucciones que se daban al jefe de la expedición una vez están en alta mar, a cien leguas de la costa. Estas no pudieron, sin embargo, llegar a manos del virrey porque éste falleció inesperadamente de fiebres. La regencia de Nueva España cayó en manos de la Audiencia de Méjico. El largo documento entregado por los representantes de la Audiencia a Legazpi ajustaba la conducta a seguir por el capitán general y todos sus subordinados para la consecución del objetivo señalado. Lo que tanto el visitador Jerónimo de Valderrama como la Audiencia de Méjico guardaron como secreto de Estado fue la existencia de dos instrucciones, la que abiertamente sería entregada a Legazpi inmediatamente, ordenándole poner rumbo a Nueva Guinea (para tranquilidad de Urdaneta), y la otra que debería abrirse a cien leguas mar adentro. Las instrucciones insistían en que la llegada a Filipinas y la averiguación de la posibilidad de la travesía de Poniente constituían las finalidades de la expedición. Después del servicio de Dios, lo principal era el regreso. La



navegación de vuelta sería dirigida por Urdaneta, que tenía derecho a elegir el navío más conveniente para este viaje y hasta el capitán que lo mandara. Se encarecía a Legazpi que tratase en consejo la resolución de los casos difíciles que a su gestión se presentasen, asesorándose del parecer de todos los jefes, incluidos los religiosos, y especialmente de Urdaneta y del tesorero Guido de Labezaris, que ya había estado en Filipinas.

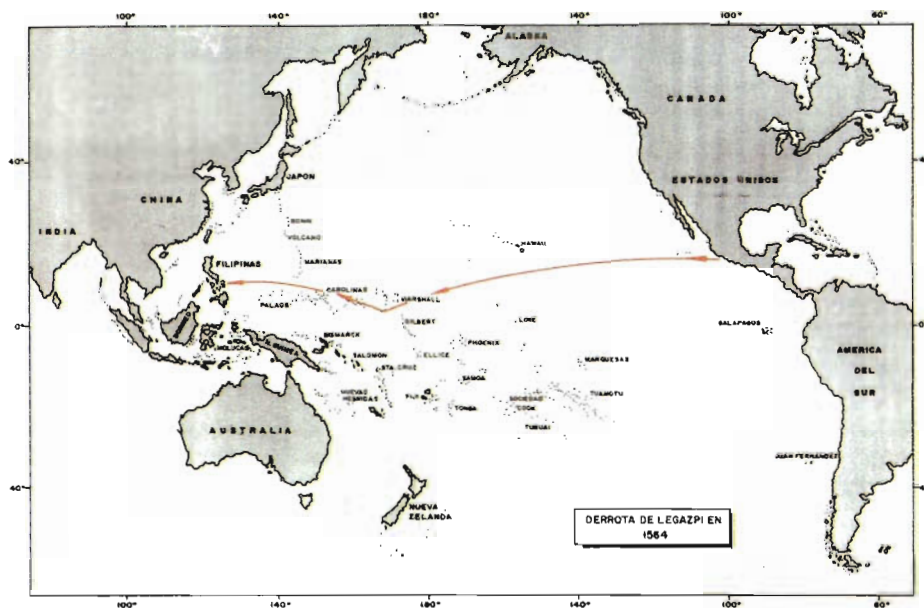
### *Diseñador y realizador del tornaviaje (1564-1568).*

Los cuatro buques que componían la armada capitaneada por Legazpi y dirigida por Urdaneta salieron del puerto de Navidad (hoy Barra de Navidad) el 21 de noviembre de 1564 a las dos de la madrugada. La nao capitana, llamada *San Pedro*, desplazaba más de quinientas toneladas, y la nao almiranta, de nombre *San Pablo*, sobrepasaba las trescientas. El mayor de los pataches, el *San Juan de Letrán*, era de ochenta toneladas, y el otro, llamado *San Lucas*, de cuarenta. A popa de la *San Pedro*, iba un ligero bergantinejo de remos, muy apropiado para transmitir órdenes de uno a otro navío. El conjunto del personal embarcado ascendía a trescientos ochenta hombres en total.

Cinco días después, el sábado día 25, Legazpi creyó llegado el momento de abrir el pliego sellado que la Audiencia le había entregado con orden de abrirlo cien leguas mar a dentro. El pliego se abrió en presencia de los agustinos, los jefes militares, los oficiales reales, en alguacil, el sargento mayor y los pilotos de la expedición para darles cuenta de la orden. Cuando el escribano leyó las instrucciones en voz alta ordenando a Legazpi dirigirse a las Filipinas, todas las miradas se clavaron en Urdaneta. Su primera reacción fue de indignación, pero contuvo prontamente su arrebató y contuvo las primeras protestas de sus compañeros agustinos y manifestó: «Creo que si la voluntad del Rey es que vayamos a las Filipinas, no tendremos más remedio que acatarla. Llevaré el barco de vuelta hasta Nueva España desde donde estemos». Se retiró en silencio a su pequeña estancia para rumiar su derrota. Los enormes territorios que adivinaba al sur de Nueva Guinea quedarían esperando a que otra potencia extranjera los descubriera.

La navegación siguió durante unos días sin novedad. Sin embargo, pronto ocurrió el primer y más grave incidente de la expedición: la desertión del patache *San Lucas*. Solía navegar en descubierta, por delante del grueso de la armada. Como viera que la distancia que les separaba era cada vez mayor, el capitán general, ordenó que se hicieran señales al capitán, Alonso de Arellano, para que no se separara más de media legua de la capitana. A pesar de la orden, al anochecer del último día de noviembre la separación era de dos leguas y al amanecer del día siguiente se perdía definitivamente.

Según pasaban los días, la armada avanzaba proa a las islas Reyes y Corales, situadas a nueve grados de latitud norte. Urdaneta convino también que con escaso desvío podrían tomar los Arrecifes y Matalotes, que estaban a diez grados. Desistieron, sin embargo, de arribar a las islas Nublada y Rocaparti-



da, de las que hablaba la Instrucción, para no perder tiempo inútilmente. Sin embargo, los dispares cálculos de situación efectuados por los pilotos de los distintos navíos de la escuadra constituían un motivo de preocupación para Legazpi, porque las diferencias eran tan enormes y cada piloto defendía sus resultados con tal ardor que, finalmente, decidió confiar únicamente en Urdaneta. El 9 de enero de 1565, avistaron las islas Matalotes. Urdaneta bajó a tierra para actuar de intérprete, aunque no pudo entender a la pareja de ancianos con la que pudieron solo hablar por señas. El 22 de enero llegaron a la isla de Guam o de los Ladrones, como llamaban los españoles por su condición de tales de los nativos, los pilotos creían que eran las Filipinas, Urdaneta, por supuesto, no. El 3 de febrero, salió la armada de la isla para emprender viaje hacia el oeste.

Diez días más tarde, la armada llegó a Samar, repitiendo en esta etapa de su viaje la misma derrota de Magallanes cuarenta y cinco años atrás. Surgieron las naves en cuarenta brazas y luego Legazpi envió en los bateles a Urdaneta con el maese de campo, Mateo de Saz, y el capitán Martín de Goiti en busca de un puerto, río o población, y ver si podían entablar relaciones con algunos indios. Los enviados recorrieron toda la bahía y no hallaron puerto ni población, y, aunque sí vieron algunos indios en canoas, éstos no quisieron esperar ni escucharlos. Era evidente que la majestuosa silueta de los buques recortándose en el cielo había impresionado a los indígenas. Ignoraban estos que los hombres embarcados en aquellas naves necesitaban de ellos angustiosamente. Legazpi tenía urgente necesidad de aprovisionarse. Y, además, le importaba, sobre todo, ponerse cuanto antes en contacto con los indígenas.



Nadie mejor que el agustino para esto. Como conocedor del idioma malayo, sus servicios resultaban ahora inapreciables. Sin embargo, los primeros intentos de Urdaneta para comunicarse con los aborígenes fracasaron por completo. No obstante, al día siguiente, algunos indígenas con su jefe Calayón se acercaron en una embarcación manifestando deseos de hablar con los castellanos y los colmaron de regalos. Volvieron a por más regalos, al día siguiente, pero respondieron muy a medias a los requerimientos de aprovisionamiento que les manifestó Legazpi. Lo mismo ocurrió al tercer día.

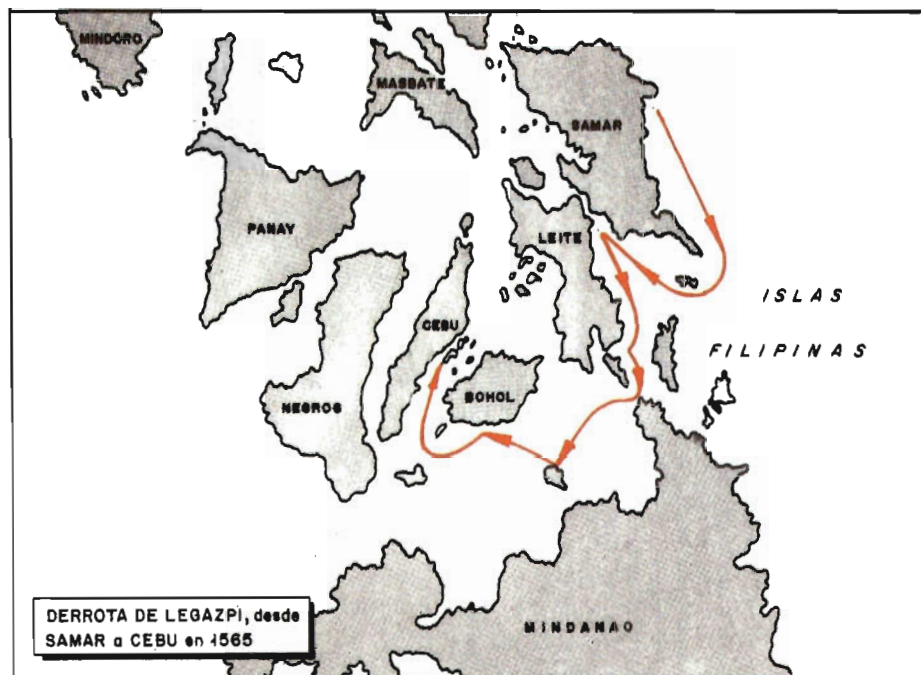
El 20 de febrero la armada, aprovechando la mayor frescura del viento y largando las gavias y algunas velas más, abandonó el puerto de la isla de Samar o Ibaobao, como se llamaba entonces, y surgió en una bahía de la isla de Leyte, que los españoles llamaron de S. Pedro. En esta isla se acercaron a los buques varios jefes nativos, atraídos más que nada por la curiosidad, y prometieron a los navegantes grandes cantidades de Víveres. Se repetía la historia de Samar, pues todo quedó en vagas promesas que en ningún momento se materializaron.

El día 5 de marzo llegó la armada a Cabalian. Al acercarse las naves, la gente comenzó a salir de sus casas, pero nadie osaba acercarse a la playa. No tardó en subir a bordo de la nao capitana un pequeño grupo de cuatro indígenas. Uno de ellos llamado Camotuan, proclamaba ser hijo del cacique de aquel pueblo, Maletec, él se presentaba al capitán general para sangrarse. Urdaneta le demandó la necesidad de bastimentos, que estaban dispuestos a pagarlos bien. Camotuan respondió asintiendo a las demandas de Urdaneta. Al día siguiente traerían todos los comestibles que necesitara la armada. Pero al amanecer el poblado estaba totalmente desierto. Urdaneta, en un idioma de

circunstancias, mezcla del usado en las islas Molucas con palabras malayas, hizo un llamamiento desde la capitana pidiendo las provisiones prometidas el día anterior, dirigiéndose a un auditorio inexistente, y lo repitió después desde tierra, acompañado por el alférez mayor y el escribano. Esta vez tuvo mejor suerte, pues Camotuan apareció al poco tiempo disculpando la desbandada de sus paisanos, pero tuvieron que optar por tomar por la fuerza los bastimentos. En vista de las dificultades, decidieron dirigirse a la isla de Mazagua, que había dado una buena acogida a la expedición de Villalobos.

El sábado 10 de marzo llegaba la escuadra a la isla de Mazagua, situada al sur de Leyte, y ese mismo día envió el general a Urdaneta y al maese de campo en dos bateles y con una docena de soldados. Pero los resultados fueron igualmente negativos y Legazpi decidió dirigirse a la isla de Camiguin, al norte de Mindanao. En esta se repitieron las mismas circunstancias anteriores, por lo que la escuadra puso rumbo a la isla de Butuan, pero las corrientes contrarias la llevaron hacia el norte, junto a Bohol, una isla de forma circular en el interior del archipiélago. La exploración de la isla dio como resultado el hallazgo de un puerto natural, junto a este puerto había una pequeña aldea, abandonada por sus pobladores. Legazpi convocó junta de oficiales para decidir que hacer. Se dividió la fuerza, las dos naos se dirigieron al puerto descubierto y el patache iría a explorar Butuan con abundante tropa y artillería. Justo después de la salida del *San Juan*, un acontecimiento vino a cambiar el rumbo de las cosas, un gran junco fue detectado desde la *San Pablo* se envió primero un batel con cinco hombres armados y después dos más con soldados fuertemente armados para apoyar al mando del maese de campo y el capitán Goiti. El junco era de unas cuarenta toneladas y la tripulación, unos cuarenta y cinco hombres, parecía malaya, probablemente de Borneo, y se resistieron al abordaje pero fueron reducidos, aunque con un muerto y una veintena de heridos, varios de ellos graves. El interrogatorio, en malayo, corrió a cargo de Urdaneta y pronto descubrió que entre los supervivientes se contaba con dos personajes: el piloto del rey de Borneo y el factor del mismo personaje. El junco pertenecía a un comerciante portugués residente en Borneo, llamado Antón Maletis, y la mercancía embarcada lo estaba en su totalidad por cuenta del rey de Borneo. Previa consulta con Urdaneta tomó una decisión sorprendente, renunciar al botín, lo cual molestó a la soldadesca hispana, pero iba en línea con las instrucciones recibidas y podía ser un golpe de efecto de cara a sus dificultades con los nativos de las islas. Urdaneta les preguntó, a sugerencia de Legazpi, la razón de la hostilidad en todas las islas y el piloto del junco les indicó que hacía unos dos años llegaron ocho buques fuertemente armados, tripulados por marineros portugueses procedentes de las islas Molucas. Arribaron a Bohol, donde se les recibió amistosamente. Sin embargo, aquellos marineros, poco después de su llegada, atacaron a los habitantes desprevenidos y luego de saquearlos se fueron llevándose con ellos muchos prisioneros. La devastación fue repetida sistemáticamente en todas las islas colindantes y culminó en Mazagua. Desde allí, los piratas portugueses volvieron a sus bases de partida vendiendo a los apresados como esclavos



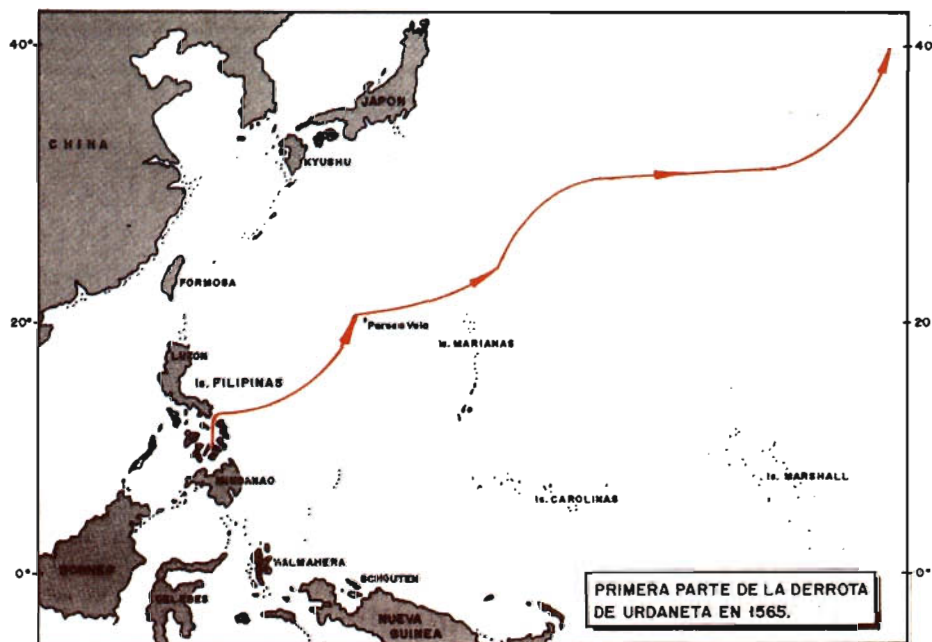


en los puertos donde recalaban. Entre muertos y cautivos sus víctimas sumaban más de ochocientas personas. Y lo curioso del caso es que los portugueses decían por todos los lugares de sus fechorías que eran de Castilla. Después de estos hechos las circunstancias empezaron a cambiar, tanto en Bohol como en las demás islas. Urdaneta, al mando de la pequeña fragata, se dispuso para una expedición que tenía como objetivo un reconocimiento de aquel laberinto de islas. Quería llegar hasta Cebú. Mientras las reparaciones que los carpinteros estaban realizando en la capitana habían terminado y, a falta de la vuelta de Urdaneta y demás expedicionarios, Legazpi consideró que había llegado el momento de tomar una decisión sobre en que isla establecerse, es decir había que organizar el regreso. La Junta, celebrada a bordo de la capitana, tomó la decisión de poblar la isla de Leyte. La falta de noticias de la expedición de Urdaneta tenía muy preocupado a Legazpi, por eso organizó una búsqueda por medio de un parao que pidió, a través de los borneys, a los caciques Cicutuna y Cigala. Estos se ofrecieron a ir a Cebú en persona y pusieron a disposición un gran parao con treinta remeros, aunque pidieron arcabuceros por si en la travesía encontraban piratas. Dos soldados embarcaron para acompañarles y aunque no encontraron ni rastro de la fragata si informaron sobre Cebú. Vivía mucha gente y muy rica, que tenía toda clase de bastimentos, sobre todo arroz y mijo. El oro abundaba y la gente lo usaba como adorno. Había un puerto muy grande y protegido y unas trescientas



casas. Con la vuelta del parao sin noticias de la expedición, la preocupación de Legazpi se acentuó. Todos lo daban por muerto a consecuencia de alguna acechanza de los indígenas. Sin embargo, ante la sorpresa y alivio de todos, la pequeña fragata llegó aquella misma noche, víspera de la Pascua de Resurrección. Urdaneta contó que al salir de Bohol las corrientes los llevaron a la isla de Negros y cuando quisieron volver fue imposible, todo estaba en contra, los vientos y las corrientes. Tuvieron que rodear la isla, ciento cincuenta leguas. A los pocos días, entraron en contacto con unos nativos en la desembocadura de un río, y no los recibieron mal, incluso pactaron con ellos. Sin embargo, poco después, cuando el piloto borney estaba bañándose en la playa, fue atacado por un grupo de salvajes que le cortaron la cabeza y se la llevaron. Al día siguiente varios paraos se acercaron en actitud amenazadora y tuvieron que hacer uso de los arcabuces para asustarlos. Mientras rodeábamos la isla de Negros alcanzamos la costa de Cebú que estaba enfrente, así que la reconocimos a lo largo de treinta millas. Estaba muy poblada y a lo largo de la costa había muchos pequeños poblados de cuarenta o cincuenta casas cada uno. Había numerosas sementeras y plantaciones. Parece una isla rica, muchos indígenas llevaban adornos de oro. Las noticias sobre Cebú hicieron cambiar de idea a los expedicionarios sobre la isla a poblar. Legazpi convocó otra nueva Junta en la que se decidió que esa isla sería en la que se establecerían. Contaron con la oposición de los agustinos, como en la anterior, incluido esta vez Urdaneta por las razones dadas por este para no venir a las Filipinas.

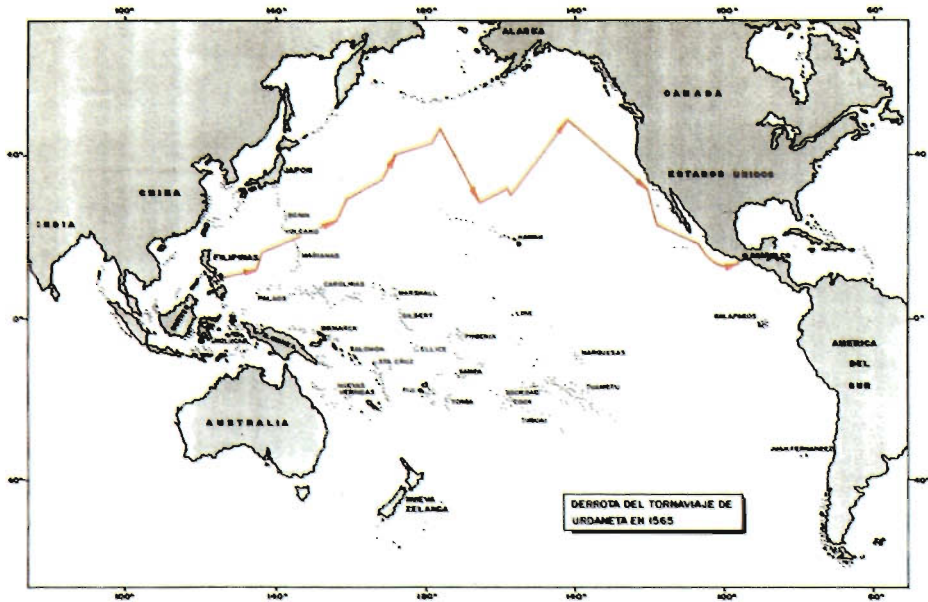
La noche del domingo de Resurrección, la escuadra salió de Bohol. La distancia entre las dos islas era apenas de quince leguas, pero los vientos y las corrientes contrarias, aunados con las calmas, retrasaron la llegada al objetivo hasta el viernes día 27 de abril. Ese mismo día fondearon, a las diez de la mañana, fondearon en Cebú el patache y la capitana. La almiranta no pudo hacerlo hasta el día siguiente. La situación de los expedicionarios fue en extremo precaria desde el primer momento, pues todas las noches se acercaban los nativos a atacar a los centinelas. No concedían a los castellanos un momento de reposo. Amparándose en los espesos bosques de los alrededores del poblado, llegaban sin ser vistos hasta la misma guardia. Fue por eso que las primeras órdenes de Legazpi fueron talar las inmediaciones del poblado. Por fin, el 8 de mayo, después de una misa mayor oficiada por los cinco agustinos, con confesión y comunión general de todos los expedicionarios, se puso con solemnidad la primera piedra de lo que sería el fuerte y la futura villa, que llevaría el nombre de San Miguel, por haber sido fundada el día del recuerdo de su aparición. El 15 de mayo Urdaneta comunicó al capitán general que consideraba a la nao *San Pedro* como el barco de la armada más apropiado para el tornaviaje, porque era la más resistente y, en caso de un largo viaje, resistiría mejor tanto la broma como los temporales. Tenían la mayor parte de los bastimentos para ocho meses a bordo y esperaba salir dentro de dos semanas. La junta había decidido que el capitán fuera el nieto del jefe de la expedición, Felipe Salcedo, que tenía la edad de Urdaneta cuando llegó a las Malucas y era un joven muy maduro para su edad y además poseía unos



conocimientos de navegación poco comunes. Por otra parte, contaban con gente muy buena, como el piloto mayor Esteban Rodríguez, el contra maestre Francisco Astigarrabía y el piloto del patache Rodríguez de Espinosa.

Al amanecer del 1 de septiembre de 1565, salió de su fondeadero de la isla de Cebú en demanda de Nueva España, llevando a bordo al capitán general de la armada, quien poco después desembarcó a su esquite y despidió a la *San Pedro*, que se dirigía lentamente hacia la isla de Mactán. Durante una semana, la enorme y panzuda nao por entre las islas del archipiélago filipino con lentitud propiciada por los vientos flojos y estando cerca la salida a mar abierto decidieron hacer aguada antes de salir definitivamente de ellas. La elegida fue una isla alta con un volcán en erupción en una de sus montañas (Luzón); a media tarde, los toneles de agua estaban a rebosar, los paños de leña a tope y toda la cubierta llena de cerdos, cabras y gallinas. Levaron y se dirigieron en demanda del estrecho de San Bernardino.

El día 9 de junio, la nao navegaba ya en mar abierto. Había llegado el momento de poner un rumbo y Urdaneta indicó rumbo nordeste hasta llegar al paralelo cuarenta donde esperaba encontrar vientos favorables, como había comprobado en sus viajes y ratificado preguntando a otros navegantes. En ese paralelo esperaba tener no solo vientos del oeste que los favorecerían, sino corrientes marinas que los favorecerían también. A partir del día 10 se dejaron de ver las altas cumbres de las montañas de las últimas islas de las Filipinas. Empezó la navegación monótona. A pesar de su confianza, Urdaneta oteaba continuamente en busca de indicios de vientos favorables. La *San Pedro*,



mientras tanto, orzaba o navegaba de bolina con vientos adversos del este y nordeste. El día 21, día de Corpus Christi, avistaron un farallón en medio del océano, que hoy se denomina Okino-Tori y, también, Parece Vela. Urdaneta lo situó en latitud veinte grados y a trescientas leguas de Cebú. La navegación prosiguió monótona y sin incidentes; unos pocos días de calma y otros de mar gruesa, cerrazón y aguaceros fueron los únicos detalles que señalar. Al mes de navegación el barco había alcanzado los treinta grados y entran en la corriente del Khuro-Shivo, los vientos soplaban francamente de estribor, con lo que navegaban a la cuadra. El avance de la nao era muy superior al de los días precedentes. La carne y el pescado, así como la verdura fresca se habían acabado hacía ya días, y el menú consistía en arroz o maíz, pan seco y garbanzos rociados con un poco de vino de palmera. Habían avanzado seiscientas leguas, pero Urdaneta estimaba que debían seguir subiendo, para tener el viento a un largo o de popa y sobre todo una corriente que les empujara hacia el leste, y esperaba estar antes de dos semanas en cuarenta grados.

El 20 de julio, alcanzaron los cuarenta grados de latitud y cambiaron el rumbo al leste. Urdaneta estimó que en dos meses estarían frente a las costas del Nuevo Mundo. Tras varios días de calmas y vientos variables, alcanzan la longitud de los 170° Oeste. Desde aquí descienden en latitud durante 12 días navegando al sudeste para, en latitud 31°30', volver arrumbar al este-nordeste para ganar latitud. Los dos pilotos de a bordo, así como Urdaneta, comprobaban sus apuntes a diario, pero en todos ellos la carencia de novedades era la tónica general. Todos se limitaban a anotar las singladuras efectuadas. Entre quince y treinta leguas, según la fuerza y dirección del viento, era lo normal.

A mediados de agosto hubo mar gruesa y aguaceros de mediana virulencia, pero que solamente obligaron a amainar algunas vela de gavia y por el contrario proporcionaron un agua extra. Sin embargo, la ausencia de incidentes meteorológicos no excluía que los hubiera de otro tipo. El escorbuto y las diarreas habían hecho su aparición y el número de enfermos iba en aumento. Fray Andrés de Aguirre, agustino que acompañaba a Urdaneta, llevó el peso de cuidar a los enfermos con la ayuda del propio Urdaneta, sin dejar sus funciones de cosmógrafo. El 1 de septiembre, justo tres meses después de la salida, murió el primer marinero enfermo. Tras un pequeño responso por parte de Urdaneta, el cuerpo del desdichado fue arrojado por la borda con un lastre atado a los pies. Dos días más tarde murió otro. Poco a poco iban enfermado uno tras otro los marineros. Los dos agustinos se multiplicaban en sus labores de enfermeros. Tenían que cambiar y limpiar a casi cien enfermos que ocupaban cada rincón del barco. Sin embargo, el tercer día ocurrió algo que levantó los ánimos de los tripulantes. A las siete de la mañana, Espinosa, que estaba de guardia como piloto, descubrió una bruma que indicaba, sin lugar a dudas, la presencia de tierra. Esto fue confirmado inmediatamente por la presencia de grandes aves que sobrevolaron el barco. Parecía una isla que, Salcedo quiso llamarle la Deseada si se confirmaba, sin embargo, quedó en eso. Pero era evidente que la tierra continental estaba ya al alcance de los navegantes y Urdaneta ordenó navegar al sudeste para dirigirse directo hacia el puerto de Navidad. El 10 de septiembre, el piloto mayor Esteban Rodríguez cae enfermo y el 18 fueron avistadas las tierras septentrionales de Nueva España. La noche del 25 al 26 murió el maestre de la nao y, al día siguiente, Esteban Rodríguez. Al amanecer del 1 de octubre se encontraban a poca distancia del puerto de Navidad, pero Urdaneta, recordando lo mal sano del lugar, las pocas condiciones que reunía para la asistencia hospitalaria y que el viento lo tenían a favor, aunque solo quedaban treinta hombres en condiciones de colaborar en una maniobra, decidió sugerir a Salcedo dirigirse a Acapulco que, lo consideraba con mejores condiciones.

El 8 de octubre, en el momento de penetrar en la bahía de Acapulco, no llegaban a dieciocho los hombres que estaban en condiciones de trabajar. Sin fuerzas para realizar la más pequeña maniobra, los supervivientes cortaron la eslinga y demás jarcia de labor de las velas, con la que estas cayeron ruidosamente sobre cubierta. La nao perdió lentamente velocidad y se mecía suavemente en el centro de la gran bahía. El viaje de vuelta había durado cuatro meses y ocho días. Veintiséis hombres habían muerto, entre ellos uno de los nativos que había enviado Legazpi. Pero lo importante era que se había conseguido abrir una nueva ruta. Ya era posible la colonización de las islas Filipinas.

Curiosamente, apenas a media legua, se mecía suavemente una pequeña nave de aspecto familiar, era el patache *San Lucas*.

Las noticias del feliz arribo de la *San Pedro* a Nueva España recorrieron los territorios hispanos como la pólvora. El paso de Urdaneta y demás tripulantes de la nao por las ciudades de Nueva España de camino hacia la capital



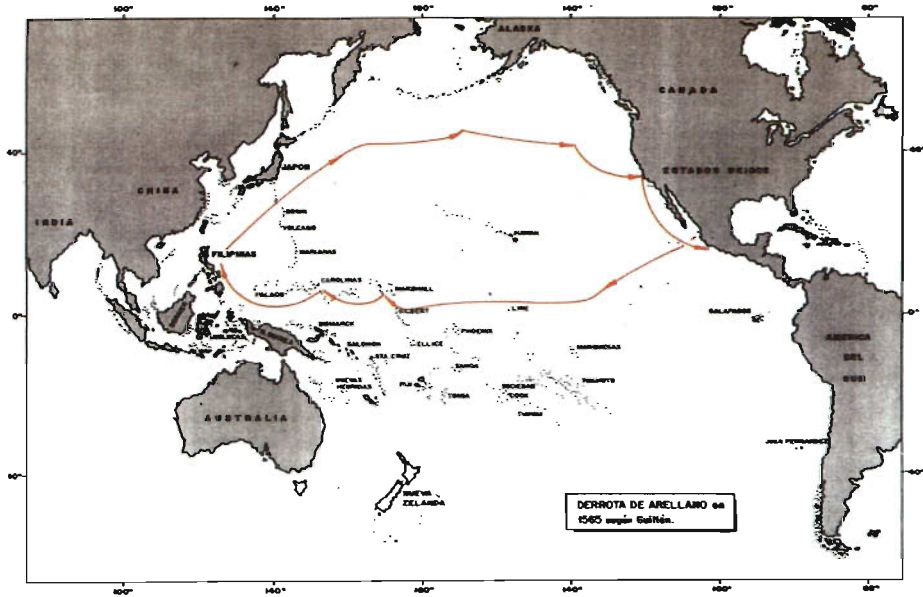
fue una ininterrumpida sucesión de multitudes, arcos, gallardetes, cabildos ceremoniosos, misas, tedéums, tañidos clamorosos de campanas, festines, comedias, mascaradas, fuegos y danzas de indios con sus plumas multicolores. A su llegada a la capital, Méjico se volcó en un apoteósico recibimiento a los héroes, y en particular a Urdaneta, que había sido el gran artífice del viaje de vuelta.

Los cosmógrafos que estudiaron sus cartas náuticas alabaron la exactitud y meticulosidad de sus observaciones meteorológicas, y su minucioso estudio acerca del régimen de vientos predominante en el Pacífico. Su trabajo fue considerado por los expertos una obra excelente, fruto de la más paciente observación.

Hubo, no obstante, alguna voz discrepante dentro de la Real Audiencia que argumentaba que no era el primero que había vuelto de Filipinas, puesto que el capitán Alonso de Arellano había efectuado la vuelta antes con el patache *San Lucas*. Sin embargo este hecho no empañó la gloria de Urdaneta, puesto que Arellano no había aportado datos de la ruta que había seguido ni sus mapas indicaban en modo alguno el derrotero que debían seguir los futuros navegantes. Era incluso dudoso que hubieran alcanzado las Filipinas, pues sus anotaciones estaban llenas de inexactitudes. Además, los datos imprescindibles para realizar el tornaviaje habían sido facilitados por el propio Urdaneta, en las reuniones previas a la partida con todos los pilotos de los buques de la armada, para que pudieran volver en caso de que se vieran perdidos del resto de la armada, como había pasado en la expedición de Loaysa y que tan bien conoció el fraile.

Los padres Urdaneta y Aguirre, una vez tomado el merecido descanso en el convento de San Agustín de la ciudad de Méjico, se dispusieron a emprender viaje a la Península, ya que la Real Audiencia, deseosa de informar a Feli-





pe II del trascendental acontecimiento, organizó en seguida a ambos frailes el viaje a Madrid. Nadie mejor que el propio triunfador podía dar al Rey detalles sobre la gloriosa jornada.

Los dos agustinos llegaron a la capital de España el 2 de mayo de 1566. El rey los recibió en audiencia especial en el palacio del Pardo, acompañado de sus consejeros Ruy Gómez y Francisco de Eraso. Ante los visitantes se sentaba un hombre de unos cuarenta años, de barba bien cuidada, vestido de negro. Sin arredrarse por la magnificencia del momento, y por segunda vez en su vida, Urdaneta se vio ante un monarca español, esta vez el hijo de aquel Carlos I ante quien hincó la rodilla en Valladolid recién regresado de las Molucas. Felipe II, sin duda bien asesorado por sus consejeros, recordó al agustino este hecho. Le dijo que era un hombre notable y que estaba al corriente de sus hazañas en las Molucas cuando era un mozo y dio cuenta de ellas a su padre. Y que ahora volvía habiendo conseguido una proeza aún mayor. Urdaneta le señaló que no había sido difícil, pues tenían a Dios de su lado. El Rey siguió preguntando: «Tengo entendido que las observaciones que hicisteis en vuestra estancia en las Molucas os ayudaron a trazar la ruta de vuelta». Urdaneta: «Así es, Señor. La experiencia de casi ocho años en aquellas aguas fue una ayuda inestimable. Los vientos soplan siempre del leste, por lo que había que encontrar una ruta alternativa. Y ésta se consigue subiendo veinte grados al norte». El Rey comentó: «Sencillo, pero a nadie se le hubiera ocurrido». A continuación, Urdaneta afirmó que, a partir de ahora la ruta quedaba abierta. Había entregado todas sus cartas y derroteros a la Real Audiencia de Méjico. Ellos, a su vez, le habían entregado despachos

para VM. El Rey quiso saber sobre las Filipinas y le pidió al fraile que le contara como era la vida allí, cómo son los nativos de Cebú. El agustino le dijo que la vida allí era muy simple. Bastante parecida a las de las Molucas. La mayoría de los nativos iban casi desnudos y viven en chozas. No así el reyezuelo, Tupas, que posee una mansión sobre una colina, en la que habitan unas doscientas concubinas. Legazpi ha levantado un fuerte en la playa y se lleva muy bien con los nativos, después de vencer los primeros recelos. Trata de seguir vuestras instrucciones al pie de la letra usando la benevolencia siempre que puede; y, ciertamente, así consigue más cosas que con la fuerza de las armas. El Rey manifestó su alegría por oírlo y Urdaneta siguió diciendo que, la islas Filipinas no producían tantas especies como las Molucas, pero sí abundaba la canela. Por lo demás los nativos vivían de la pesca y la agricultura; cultivaban sobre todo arroz y mijo. El Rey volvió a preguntar, esta vez, por el número de clérigos que quedaban allí y el fraile le dijo que tres, pero que la Real Audiencia enviaría algún otro en el próximo viaje. Estaban preparando una nao llamada *San Jerónimo*. Llegados a este punto de la conversación el Rey pidió que le contara algo sobre el viaje de vuelta. ¿Cuánto tiempo habían estado navegando?, el agustino le contestó que unos cuatro meses. Después el Rey preguntó si había aparecido la terrible peste negra y el fraile afirmó que, sí, la mayoría de la tripulación había sufrido en alguna medida, pero casi todos se repusieron. Por fin, el Rey soltó la pregunta que más le preocupaba, si habían tenido algún problema con los portugueses, Urdaneta le dijo que, no, pero era cuestión de tiempo antes de que se presenten a reclamar lo que consideran suyo. El Rey fingió un asombro que estaba lejos de sentir. Recordaba perfectamente las opiniones del agustino al respecto y cómo habían conseguido engañarle dando instrucciones a Legazpi para que abriera los pliegos de la derrota una vez en la mar. Manifestó encontrarse sorprendido, pues los cosmógrafos de la Corte habían manifestado que las islas Filipinas nos pertenecían. Entonces uno de los consejeros terció y propuso al Rey que, los cosmógrafos podrían redactar un documento en el que dictaminen en la cuestión de conciencia planteada por fray Andrés. Felipe II aceptó y les convocó para unos quince días más tarde para hablar del tema. Para entonces ya habrían leído los informes de Legazpi y de la Real Audiencia y tendrían el dictamen de los expertos sobre el tema que preocupaba a Urdaneta. Durante ese tiempo, el Rey les manifestó que sería un placer para ellos contar con su presencia en la Corte.

Un mes más tarde, los cosmógrafos, aunque dando en el fondo la razón a Urdaneta, redactaron un documento ambiguo en el que al final se declaraban sin competencias para la resolución de la cuestión desde el punto de vista jurídica. Era evidente que aquellos técnicos deseaban abrir un pasadizo legal a los deseos de Felipe II.

Durante este tiempo Urdaneta y Aguirre estuvieron acudiendo a la Corte a diario desde el convento de San Felipe el Real de Madrid, y saciaron la curiosidad de nobles, príncipes y princesas.

Antes de despedirlos, Felipe II prometió a los frailes agustinos que tendría



en cuenta sus servicios y les otorgaría la consiguiente merced. No obstante, poco después el Consejo de Indias fijó la exigua cantidad de tres reales diarios para cada uno de los viajeros como ayuda para pagar los gastos de comida y habitación mientras estuvieran en Madrid. Nada quedó, pues, que pudiera contabilizarse a nivel de generosidad regia.

Los padres Andrés de Urdaneta y Andrés de Aguirre regresaron a Nueva España el 13 de junio de 1567, y desembarcaron en el puerto de San Juan de Ulúa a mediados de agosto del mismo año.

El glorioso navegante, comparable en cierto modo a Cristóbal Colón, ya que a juicio de peritos náuticos, no ofuscados por los oropeles ni por las galas retóricas, no tanto se funda la del ilustre genovés en haber ido a las Antillas, como en haber vuelto

desde sus aguas, añoraba ya la quietud y serenidad del retiro en su pequeña celda de la capital azteca. Las horas tormentosas habían dejado su alma deseosa de paz y sosiego. Contaba a la sazón con cincuenta y nueve años y las penalidades y sufrimientos pasados habían dejado huella en su salud. La energía que tanto le había caracterizado había dejado paso a una calma sedentaria. Su vida entre el murmullo de rezos monacales parecía un contrasentido con su anterior vida de infatigable aventurero.

A principios de 1568, Urdaneta cayó enfermo. Su hígado y riñones se resentían, al cabo de los años, de las privaciones pasadas, de los largos meses alimentándose de comida agusanada y agua putrefacta. El 3 de junio de 1568 emprendió su última singladura con una sonrisa en los



labios en el convento. Su cadáver recibió sepultura en la cripta del citado convento, debajo del presbiterio, pero en el siglo XVII un incendio y una inundación posterior provocaron la desaparición de sus restos.

Lo único que recuerda su figura se encuentra en su pueblo natal, Villafranca de Oria, donde existe una estatua de homenaje, curiosamente en una faceta, lo que evangelizador, que apenas si pudo poner en práctica por las circunstancias de su vida. También existe un monumento de homenaje en Manila, compartido con su amigo Miguel López de Legazpi.

### Bibliografía

- CABRERO, Leoncio: «España en el Pacífico», *Cuadernos Historia* 16, núm. 122. Información y Revistas, S.A.
- CARANCI, Carlos A.: *El tornaviaje. Andrés de Urdaneta (1564-1565)*, ed. Exploraciones y expediciones. Galería de Exploradores.
- CUESTA DOMINGO, Mariano: *Urdaneta y Ceraín, Andrés de*. Diccionario Biográfico Español. Real Academia de la Historia.
- DE ARTECHE, José: *Urdaneta (el dominador de los espacios del océano Pacífico)*, Madrid, 1943.
- DE MIGUEL, José Ramón: *Urdaneta en su tiempo*, ed. Sociedad de Oceanografía de Guipúzcoa. — *Urdaneta y su tiempo*, Ayuntamiento de Ordizia.
- FERNÁNDEZ DURO, Cesáreo: *Armada española* (Tomo I).
- LANDÍN CARTASCO, Amancio: *España en el mar. Padrón de Descubridores*, Editorial Naval
- PEREIRA FERNÁNDEZ, José Manuel: «In memoriam de Andrés de Urdaneta en el quinto centenario de su nacimiento». *Revista de Historia Naval*.
- ROSSET, Edward: *Los navegantes (Magallanes, Elcano, Urdaneta, Legazpi)*, Ed. Edhasa.
- VV.AA.: «La ruta de Urdaneta», *Anuario misional*, núm. 29/2007-2008 (*Diáspora*), Editorial Estudio Agustiniiano.